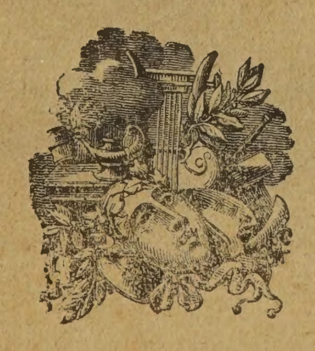
UN AÑO DE MATRIMONIO,

ó

EL CASAMIENTO POR AMOR,

drama en tres actos.

Representado en el teatro del Príncipe.



Se vende en Madrid en la imprenta de **Burgos,** *calle de Toledo frente á San Isidro el Real.*

UN AÑO DE MATRIMONIO.

Ó

EL CASAMIENTO POR AMOR.

UN AÑO DE MATRIMONIO,

ó

EL CASAMIENTO POR AMOR.

drama en tres actos,

ESCRITO EN FRANCES POR Mr. ANCELOT,

y arreglado á la escena española

Por D. Beltran Muneo.

Representado en el teatro del Príncipe.

MADRID, 1833.
IMPRENTA DE D. MIGUEL DE BURGOS.

ADVERTENCIA.

Como á unas preocupaciones se suceden otras, el discreto Ancelot se propuso combatir una de las que se han pregonado con mas énfasis en nuestros tiempos, tal vez no menos extravagante y de no menor influencia social que la que con ella pretenden vanamente destruir los novadores.

Los enlaces matrimoniales desproporcionados entre familias mas ó menos privilegiadas ó distinguidas, con las de estado llano ó humilde, no solo se consideraban socialmente como degradantes y vilipendiosos, sino que la misma legislacion los contrariaba y los dificultaba ó impedia. Pero el espíritu filosófico, que todo lo ha invadido, ha dado en el extremo opuesto, intentando igualarlo todo y encanallarlo todo, allanando las antiguas barreras que separaban las diversas categorías sociales para es-

tablecer un amalgamamiento á que el mundo no está todavía dispuesto, tardará mucho en estarlo, ó no lo estará nunca; y acaso sería un mal el que llegára á realidad lo que hasta hoy no pasa de quimera. Materia era esta para dilucidada detenidamente; mas no siendo ahora otro el propósito que el de presentar al público la pieza dramática en que Mr. Ancelot trata de un modo nuevo y demostrativo esta cuestion de tan alto interés público y de tanta conveniencia privada, se limita el editor á decir que no siendo muchas veces la aceptacion ó reprobacion del público en la escena testimonio fehaciente del mérito de una obra dramática, porque su éxito bueno ó malo depende de la inteligencia ó desacierto con que todos ó algunos de los actores la ejecutan; la tibia acogida que este drama tuvo en sus dos dias de representacion en el teatro del Príncipe, no le ha detenido ni retraido de imprimirla, venciendo para ello la desconfianza del traductor, quien al trasladar esta pieza al teatro español creyó, como el editor cree hoy mismo, que es del mayor interés, tanto por el alto objeto de su asunto, como por su buen desempeño literario, que no desdice del autor, ni amengüa su bien

cimentada reputacion. Tal vez en mejor coyuntura merecerá aplausos esta pieza, correspondiendo su favorable efecto en el teatro al que universalmente ha producido en los ánimos de cuantos la han leido manuscrita, sin embargo de las pérdidas indispensables que haya sufrido como todas en su traduccion á nuestro idioma y acomodamiento á nuestro pais y escena.

Esta consideracion, y la del buen concepto que al analizarla formaron de ella los periódicos, han sido de mas peso para el editor que los mezquinos recelos de los que solo ven objetos de lucro en las impresiones de obras literarias.

PERSONAS.	ACTORES.
EL CONDE DE SIERRA-BLANCA	*Sr. Latorre.*
EL MARQUES DE LA ESPIGA	*Sr. Valero.*
BUITRAGO, sargento retirado	*Sr. Fabiani.*
TORIBIO, quinto	*Sr. A. Guzman.*
LA CONDESA DE SIERRA-BLANCA	*Señora Delgado.*
LA BARONESA DE LAGLERA	*Señora T. Baus.*
LUISA	*Señora Samaniego.*
RAMONA	*Señora Gonzalez.*
CRIADOS.	

El primer acto y el tercero pasan en casa del conde, en Madrid; y el segundo en una quinta suya cinco leguas distante de la corte.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un salon de casa del Conde, ricamente amueblado.

ESCENA I.

La Condesa, la Baronesa, el Conde (1).

CONDESA. Baronesita, parece que le ha probado á usted muy bien la mudanza de aires. ¡Qué buen color! ¡Qué semblante tan animado!...

BAR. Efecto de la alegría que me causa el ver de nuevo á mis amigos.

CONDESA. Los baños de Cestona le han dado á usted fuerzas para resistir á los rigores de un invierno de Madrid aunque asista cada noche á un baile. Para haber yo de acompañar en nuestras brillantes reuniones á una viudita tan linda como usted, preciso es haber renunciado á toda pretension; haberme resignado á ser señora mayor.

BAR. ¡Oh! Todavía no está usted en ese caso, amiga mia.

(1) Aparecen sentados al rededor de un velador. Acaban de desayunarse.

CONDESA. ¿Qué quiere usted? En la sociedad hay una plaza vacante que nadie quiere ocupar: la de vieja. Para contraer algun mérito en su desempeño convendría tomar posesion de ella antes que el mundo me diese la patente. No me pesa de haberlo hecho así. Mi voluntaria jubilacion me ha granjeado muchas amigas entre las jóvenes, y asi puedo dirigir con mas acierto la eleccion de mi hijo cuando se resuelva á tomar estado. ¿No es verdad, Mariano?

CONDE. La bondad de usted, querida mamá....

CONDESA. Lo confieso: hay todavía una esperanza que puede hermosear mi vejez. Ya me comprendes.

CONDE. Señora....

CONDESA. Si, Mariano, conviene que una jóven amable venga á animar nuestro retiro. Cada dia que pasa se disminuye mas mi alegría, y tu caracter está provisto de toda la seriedad de nuestra época. La razon es la locura de este siglo.

BAR. Sin embargo, un título de Castilla, el empleo de comandante de escuadron, treinta años de edad, y treinta mil duros de renta, son excelentes antídotos contra la misantropía. ¡Hay tantos que se ven forzados á ser felices con mucho menos!

CONDESA. ¡Bueno es eso! ¿Hay quien se crea dichoso en estos tiempos?

CONDE. Con mucho rigor juzga usted al siglo presente.

BAR. Yo espero reconciliarla con él; y para principiar, propongo á usted, Condesa, un paseo por el Retiro, ya que hace tan hermosa mañana. Despues, si á usted no le sirve de incomodidad, visitaremos algunas tiendas. Estoy muy atrasada en las modas. Ya se ve; en las entrañas de Vizcaya, entre enfermos y valetudinarios.... ¡Para que yo vuelva á los tales baños! Ni me presento en ninguna tertulia hasta que pasen lo menos quince dias. Durante mi reclusion leeremos, cantaremos.... que yo gusto de todo un poquito. Supongo que será usted nuestro, señor Conde.

CONDE. Por hoy me es absolutamente imposible. Le pido á usted mil perdones.... (1)

CONDESA. Mariano, ¿qué nuevos amigos son esos que tanto te ocupan y yo no conozco? Confieso que á veces llego á sospechar no olvides tu nacimiento alternando con gentes cuyas ideas y costumbres desdigan de las nuestras. ¿Querrás desertar acaso de la buena sociedad?

CONDE. ¿Es forzoso, por ventura, que un noble solo piense en insípidas tertulias, y se consagre todo al baile, á la moda y al quijotismo? ¿Tan culpable sería yo á los ojos de usted si tratase con personas

(1) Se levantan.

abatidas quizá por la fortuna, pero elevadas por la virtud?

BAR. (¡Malo, que se nos ha vuelto filósofo!)

CONDESA. Bien puedes creer, hijo mio, que solo el amor de madre....

CONDE. Descanse usted en los principios que me ha infundido y en mi deseo de complacerla.—Por ahora tengo ocupaciones.... No tardaré en volver.

CONDESA. Ya ves que estamos solas.... Siquiera á la noche será preciso que nos hagas compañía.

BAR. Tampoco soy yo tan frívola que solo piense en dijes y en contradanzas. Le enseñaré á usted los dibujos que me han servido de distraccion durante el viaje, y, puesto que los dos somos amantes de la música, estudiaremos algunas piezas escogidas.

CONDE. Me tendrá usted á sus órdenes.

CONDESA. Desde que usted se marchó no se le ha visto una vez abrir el piano ni tomar un lapiz. Bien es verdad que paraba muy poco en casa. Ahora que vuelve usted á habitarla se hará menos de desear, y tendré doble motivo para celebrar el regreso de una amiga tan apreciable.

UN CRIADO (1). La modista Ramona Crespon desea ofrecerse á las órdenes de mi señora la Baronesa.

CONDE. (Ramoncita... ¡Ah!... Me retiro).—Con permiso de ustedes.

---

(1) A la puerta.

ESCENA II.

La Condesa y la Baronesa.

BAR. Que entre, que entre. Precisamente reñí con mi modista...

CONDESA. Que pase adelante (1). Se la recomiendo á usted. Es muchacha muy hábil. Acaba de poner tienda, y necesita proteccion. Conozco á su familia, y me intereso mucho por ella.

BAR. Basta. Seré su parroquiana. Pero ¡qué mudado está el Conde! ¡Si no le conozco!

CONDESA. Siempre ha sido serio...

BAR. Si; pero ahora le veo inquieto, distraido...

CONDESA. Los enamorados...

BAR. ¿Amor el Conde?... No lo extrañaría; pero no soy yo seguramente quien se lo inspira.

CONDESA. Querida Isabel, bien puedo revelar su secreto, pues no tardará mucho en descubrírselo á usted misma. Poco despues de haber usted enviudado me confió su amor, sus deseos, sus esperanzas... La partida de usted le afligió sobremanera. Quiso tambien ponerse en camino para Cestona: yo se lo impedí, porque esto hubiera dado que hablar. Ahora ya es di-

(1) Vase el criado.

ferente. Ha cumplido usted su luto, y podemos hablar de boda. No dude usted que es amada de Mariano.

BAR. Ya; pero á todo esto, aun no me lo ha dicho.

CONDESA. Y su amor no puede menos de ser sólido y verdadero, como fundado en la recíproca conveniencia y en la conformidad de gustos y de caracter. Mariano la conoce á usted desde niño.

EL CRIADO (1). La señora Crespon.

ESCENA III.

La Condesa, la Baronesa, Ramona.

CONDESA. Entre usted, Ramoncita. Ya he dicho á la señora el interes que me tomo por usted.

RAM. (2) ¡V. S. es tan bondadosa!... Será bien servida esta señorita; y con equidad. ¡Oh! eso si; la conciencia... No me gusta á mi desollar al prójimo como otras de mi arte, que por cuatro puntadas... Y eso que mis manos... ¡bendito sea Dios! No es porque yo lo diga, pero hasta ahora ninguna ha quedado descontenta de mí. Y si no que lo diga la vizcondesa de la Azofaifa, la marquesita de los Gemelos, la consejera... Y si hay alguna imperfeccion...

(1) Anunciando.
(2) Habla muy aprisa.

Digamos; alguna hipérbole que cubrir, como dijo el otro dia don Carlitos, que es tan bufon... ¡Poquito nos hizo reir con su hipérbole! — Pues como iba diciendo: alguna trabacuenta que disimular, ó asi algun vacío... porque las hay escurridas y desvencijadas... que dá compasion; y una se vé forzada muchas veces á enmendar la plana á la naturaleza. Si señora: yo hago milagros de esta especie como la mas estirada de mi oficio.

BAR. Lo creo. (1) Como soy que me divierte.

RAM. ¡Oh! Pero la señora Baronesa afortunadamente no me hará cabilar mucho para vestirla con primor y elegancia (2). Vaya una cintura, y un pecho, y un... ¡Bendita sea su alma!

BAR. ¡Vaya si es chusca la muchacha! — Veamos: necesito algunos vestidos... ¿Trae usted figurines?

RAM. ¡Ay! No señora. Como no sabia... Pero volveré...

CONDESA. ¿Cómo está Luisita, su prima de usted? ¿Se ha restablecido enteramente?

RAM. Casi, casi. ¡Oh! Por falta de cuidado... Quisiera yo tener lo que valen tantos jaropes como ha tomado por aquella boca. Ni una princesa está mejor asistida. ¡Como que todo lo pagaba el hijo de la se-

(1) Aparte á la Condesa.
(2) Tentándola.

ñora Condesa! Bien dicen que... No hay mal que por bien no venga.

BAR. (1) ¡Cómo! ¿El Conde?...

CONDESA. Ha sido una especie de novela. Habrá seis semanas que atravesaba mi hijo la calle de Peligros en su tilburi. El caballo era fogoso. Pasa al mismo tiempo una mocita... ¡Son tan imprudentes esas gentes que van á pie!...

BAR. ¡Dios mio!

CONDESA. El Conde detuvo al momento el caballo para que no la atropellase; cayó la muchacha sin embargo; de resultas hubo de rompérsele una vena dentro del pecho, y por espacio de algun tiempo estuvo en peligro su vida.

BAR. ¡Pobrecilla! ¿Pero ya está buena?

RAM. Si señora; ya está tan tiesa. Hoy vá á salir por primera vez, y no dejará de venir á dar las gracias á la señora Condesa; porque gracias á Dios nada le ha faltado. Ello, si, buena crujida ha pasado la infeliz; y sin dejarla hablar ni una palabra en toda su enfermedad. ¡Oh! Y gracias que yo iba de cuando en cuando y la contaba las novedades del barrio. Tambien el Conde iba á verla toditos los dias. Vaya; ¡para que faltase su señoría! Yo nunca le he visto, porque á las horas en que hacía sus visitas estaba yo muy ata-

---

(1) A la Condesa.

reada; y lo siento; que quisiera conocer á un señorito tan caritativo.

BAR. (¡Todos los dias á verla!) — ¿Es bonita?

RAM. Como una perla. Es la gala de la familia: y en cuanto á honradez, no hay que hablar. ¡A no ser sangre de los Buitragos! — Yo tambien soy Buitrago por parte de mi madre, que esté en gloria.— Pues, como digo: aunque es una pobre que no tiene mas que su aguja, no falta quien bebe los vientos por ella.

BAR. ¡Ola! ¿Tiene novio?

RAM. Si señora: su paisano Toribio, que es barbero, y ahijado del tio Buitrago. La chica no le miraba con malos ojos, pero el pobre muchacho llegó ayer de su tierra á donde le llamaron para entrar en quinta, y ha tenido tan buena mano que ha sacado el número uno. Y no hay remedio; cargará con el fusil; porque un recien barbero ¿qué dinero ha de tener para comprar un... ¿Cómo se llama eso?... ¿Un sobrestuto? ¡Ah! Si el tio Buitrago pudiera... La boda sería muy de su gusto, ¡y quiere tanto á su hija! Pero el pobre no tiene mas que su triste retiro; y ya vé V. S... Pues esperar á que Toribio cumpla sus ocho años tambien seria muy duro para una muchacha, porque al fin y al cabo no somos de bronce: ¿Verdad, señora Baronesa?

CONDESA. Me ocurre una idea. Consuele usted á su prima. Su novio no irá al ejército.

RAM. ¿De veras, señora? ¡Si digo yo que esa muchacha ha nacido de pie! — ¿Con que, tienen VV. SS. algo que mandarme?

BAR. Véngase usted mañana con los últimos figurines...

RAM. Muy bien, muy bien señora.

CONDESA. No deje usted de decir á su prima...

RAM. Si, si; al instante. ¡Oh! Y no trata V. S. con gente desagradecida. El tio Buitrago se dejaría aspar por el señor Conde, que ha sido su comandante. Porque no hace mas que tres años que se ha retirado el tio Buitrago. Era sargento en el regimiento del señor Conde. ¡Valgame Dios! ¡Cómo se encuentran las gentes rodando, rodando... Con que, señoras, tengo el honor...

CONDESA. Abur, Ramoncita. Que vaya bien.

ESCENA IV.

La Condesa, la Baronesa.

CONDESA. Cuando usted quiera que salgamos, Isabelita...

BAR. (1) Ya es muy tarde. Dejémoslo para mañana, si usted quiere.

---

(1) Cavilosa.

CONDESA. Enhorabuena.

BAR. (¡Todos los dias iba á verla!)

UN CRIADO. Una jovencita y un inválido conducidos por el señor Conde piden á V. S. licencia para ponerse á sus órdenes.

CONDESA. Luisilla y su padre. Que entren.

BAR. ¡Ah!... (La voy á conocer).

ESCENA V.

La Condesa, la Baronesa, el Conde, Buitrago, Luisa.

CONDE. (¡Aun está aquí la baronesa!) Mamá, tengo el gusto de presentar á usted un antiguo camarada mio y su amable hija, que por poco no ha sido víctima de mi imprudencia. Deseaba tiempo hace que usted los conociera, pero hoy es el primer dia que sale Luisita de su casa.

CONDESA. (1) Buenos dias, querida. ¿Empieza usted á restablecerse?

LUISA. (2) Si señora: ya estoy mas fuerte.

CONDE. (3) Siéntese usted, señorita.

BAR. (¡Qué atento! ¡Qué obsequioso!)

CONDESA. Mucho celebro la mejoría.

BUIT. ¡Ba, ba! Ya está como nueva, gracias á los favores de mi comandante.

CONDE. Vea usted aquí, mamá, un hon-

---

(1) Sin ofrecer sillas.
(2) Con timidez.
(3) Adelantando una silla.

rado veterano á quien debo la vida: el intrépido Buitrago, que recibió un casco de granada destinado para mí.

BAR. ¡Un casco de granada! ¿Y eso hace daño?

CONDE. Lo bastante para matar á un hombre.

CONDESA. ¡Accion generosa, señor... señor Buitrago!

BUIT. ¡Cá, señora! Lo mismo hubiera hecho V. S. en mi lugar. Cae una granada en la tienda de campaña del comandante y casi á sus pies; digo yo para mí: si muere el comandante ¿quién diablos ha de mandar el escuadron? y si á mí me vendimian, tal dia hará un año; no faltan soldados. Me arrojo, pues, sobre el comandante, y le estrecho entre mis brazos como si fuera una novia.

CONDE. Y la granada le rompió á usted una pierna.

BUIT. ¡Eh! Ya la remendó el cirujano como pudo.

CONDESA. ¿No tiene usted mas hijos que esa muchacha?

BUIT. Ese es todo mi ajuar.

CONDE. Luisita ha querido sorprender á usted, mamá.

CONDESA. ¿Cómo?...

CONDE. Ha bordado un velo para usted.

BUIT. Aun estando en cama trabajaba en el dichoso velo, y yo la decia algunas

veces: ¡muchacha, que te vas á poner peor! ¿Sabe V. S. cual era su respuesta? Es para la madre del señor don Mariano.

LUISA. (1) Si la señora tiene la bondad...

CONDESA. ¡Primoroso bordado! (2) Mire usted, Baronesa.

BAR. (3) Si; muy bonito.

CONDESA. Vuelvo al instante (4).

BAR. Habrá necesitado usted mucho tiempo para bordarlo.

CONDE. Sentiré que se haya atareado usted demasiado.

LUISA. No señor. Me servía de entretenimiento, y me quitaba la tristeza cuando estaba sola.

BAR. ¡Tristeza!... Acaso cuando no estaba allí el Conde: ¿no es verdad?

LUISA. Si señora; porque estaba tan contento cuando me veía, que yo no podia menos de estar triste cuando no le tenia en mi presencia.

BAR. ¡Ah!...

CONDESA. (5) Tome usted amiguita. Hágame el obsequio de aceptar esta memoria.

LUISA. (6) V. S. es tan bondadosa!... ¡Qué bonita cartera! (7) ¡Ah!... Señora... No, no puedo recibirla.

---

(1) Presentando el velo. (2) A la Baronesa.
(3) Distraida.
(4) Vase y vuelve al momento.
(5) Dando á Luisa una cartera.
(6) Tomando la cartera.
(7) La abre y ve que contiene algunos billetes del banco.

CONDE. ¿Qué tiene usted, Luisa? Se pone pláida....

CONDESA. Guárdela usted; no sea simple.

LUISA. No señora; de ningun modo.

CONDE. ¡Llora usted! ¿Pues qué motivo?...

LUISA. ¡Mire usted como me tratan, señor don Mariano! ¡Mire usted!

CONDE. ¡Dinero! — ¡Ah! ¿Qué ha hecho usted?

CONDESA. No se aflija usted por eso, hija mia. Quiza no hubiera atinado con el gusto de usted al hacerle una expresion, y por eso...

BUIT. La muchacha tiene vestuario completo, y en buen estado de servicio. No necesita nada.

CONDESA. Vamos; le voy á dar á usted un collar...

LUISA. Bien puede V. S. perdonarme, pero no puedo... Para que vea V. S. que no es por desprecio, guardaré esta cartera si me lo permite, tal como está ahora (1).

CONDESA. ¡Pero qué niñería!...

BAR. ¿Niñería? No señora. ¡Sentimientos heróicos!... Conde, su protegida de usted es muy bella. Yo me retiro. Abur.

CONDESA. Hasta luego. — Mariano, ¿no ofreces la mano á la Baronesa?

CONDE. Ah... Disimule usted...

BAR. No, no. ¿Habia yo de permitir que

(1) Saca los billetes y se los devuelve á la Condesa.

usted se incomodase? Quieto, quieto. Le dispenso á usted.... (-¡Estoy volada!) (1).

BUIT. Mira, chica, que se hace tarde, y está nublado. Saluda á la señora Condesa, y en marcha.

CONDE. Iran ustedes en mi coche, y si me lo permiten les acompañaré. Tengo que hacer una visita por aquellas inmediaciones.

CONDESA. Mariano, tenemos que hablar.

LUISA. No, no, señor don Mariano. Iremos muy bien á pie. Ya he recobrado mis fuerzas.

BUIT. Tiene razon, mi comandante. Nada, nada de coche. No quiero yo que se acostumbre á malas mañas. Con que, á la par de Dios. Señora Condesa, que Dios le de á V. S. mucha salud.

CONDE. A lo menos le daré á usted la mano para bajar la escalera, Luisita.

LUISA. Su mamá de usted quiere hablarle.

CONDE. (2) Vuelvo al momento.

ESCENA VI.

La Condesa.

CONDESA. ¡Qué ridículo ha estado y qué soso! ¡Consentir que esas gentes le apeen el tratamiento! ¡Haber tratado con tanta

(1) Parte.
(2) A su madre.

indiferencia á la Baronesa!.... Pues hace dos meses que no sabia hablarme sino de ella; y ahora... ¡No sea que esa muchacha!... ¡Cuidado que es linda en extremo! Quiera Dios que alguna idea novelesca... Como de esas locuras se estan viendo... ¡Oh! No es posible. ¡Una costurera! Sin educacion, sin trato...

ESCENA VII.

La Condesa, el Conde.

CONDE. ¿No es verdad que es muy linda, mamá?

CONDESA. No, no es mal parecida.—¡Pero qué frio has estado con la Baronesa!

CONDE. Ha hecho usted mal en ofrecerla dinero. ¡La pobrecilla se vá tan avergonzada!

CONDESA. ¿Sabes que la Baronesa es persona muy distinguida, y tiene un gran caudal?

CONDE. ¡Si usted conociera á Luisa! ¡Qué nobleza de alma! ¡Qué desinterés!

CONDESA. ¿Qué es esto? ¿Estamos jugando á los despropósitos?

CONDE. ¿Qué me decia usted?

CONDESA. Te hablo de la Baronesa de Laglera, y tú no piensas mas que en esa chicuela.—Vamos, Mariano, déjate de tonterías. Acuérdate de lo que te decia tres meses hace con respeto á la Baronesa.

CONDE. No lo tengo presente.

CONDESA. Que ninguna te conviene mejor para esposa.

CONDE. ¡Para esposa!

CONDESA. Entonces manifestabas estar muy apasionado de ella.

CONDE. Siempre me ha parecido muy amable; pero...

CONDESA. Es un excelente partido.

CONDE. Hay poca conformidad en nuestros genios.

CONDESA. ¡Mariano!

CONDE. Señora...

CONDESA. Te desconozco.—¿Estás enamorado?

CONDE. Enamorado...

CONDESA. ¿Tal vez de esa muchacha?

CONDE. ¿Y por ventura no lo merece?

CONDESA. Si tal creyera, me parecerian muy culpables tus intenciones. Es una criatura sin experiencia, sin apoyo; te debe favores... ¡y serías capaz de seducirla!

CONDE. ¿Seducirla? ¡Ah madre!

CONDESA. ¿Cuáles son, pues, tus designios?—Porque supongo que no tratarás de casarte con ella.

CONDE. Confieso que la hermosura de Luisa, su candor, la nobleza de sus sentimientos, todo me encanta, y cedo sin reflexion al poder de sus gracias. ¡Ah! Si usted la hubiera visto como yo, moribunda, anegada en sangre...

CONDESA. Tú estas loco, Mariano; loco de atar.

CONDE. Aun no he tomado ninguna resolucion; pero si la posesion de Luisa fuese necesaria á mi felicidad; si yo me contentase con experimentar la mas raras virtudes, las mas preciosas cualidades del alma en la mujer que asociase á mi suerte, ¿tan grande seria mi locura?

CONDESA. ¡El Conde de Sierra-blanca esposo de una costurera!

CONDE. ¡Y una señora tan ilustrada como usted se deja tambien dominar por rancias preocupaciones! Luisa ha sido costurera, es verdad: ¿y es esto algun delito? Los contratiempos que sufrió su familia la redujeron...

CONDESA. ¡Oh! si. Todas las mujeres de esa especie tienen desgracias que contar. Pero esas desgracias no excusarán tu extravagancia á los ojos del mundo: te lo advierto.

CONDE. ¿Y qué me importa el mundo? No admite todos los dias casamientos desproporcionados por la diferencia de nacimiento cuando granjean una gran fortuna? ¿Y ha de avergonzarse un noble de hacer por la virtud y la belleza, lo que haria sin rubor por el dinero?

CONDESA. La educacion de esa moza aun te separa de ella mas que su cuna. Mariano, cree á tu madre. Las costumbres y las

ideas de Luisa difieren mucho de las tuyas. En la intimidad se haria cada vez mas notable esta diferencia; y al disgusto que habria de causarte se uniría el pesar de verla expuesta á mil humillaciones en la sociedad.

CONDE. Ningun atrevido la humillaria impunemente.

CONDESA. ¿Y andarias tambien á estocadas con las mujeres? ¿Qué harias si diesen en mofarse de ella...

CONDE. ¿Qué haria... Pero no; es imposible. Luisa seria la Condesa de Sierra-blanca, y este título es bastante para ennoblecernos á los dos.

CONDESA. ¿Y ese título despojaria á tu mujer del aire y los modales de una costurera? ¿Y te seria muy agradable el tener por suegro á tu sargento?

CONDE. Es el hombre mas honrado del mundo; y su honradez vale mas que muchas ejecutorias.

CONDESA. Mi querido Mariano, tú te tienes por un gran filósofo. Presumes tener bastante grandeza de alma para resistir siempre á las preocupaciones de que quieres burlarte; pero yo te conozco. No basta tener corazon excelente: se necesita un caracter mas firme que el tuyo para arrostrar la opinion. A pesar tuyo, la costumbre, la educacion...., las que llamas ahora preocupaciones, no tardarian en re-

cobrar su imperio; y entonces ¡qué existencia tan amarga para tu mujer, tan insoportable para tí! Vamos; no se vuelva á hablar de semejante locura. Ten presente que si cedes algun dia á esas ideas románticas, mi ternura me impondrá el deber de oponerme á ellas.

CONDE. Señora...

CONDESA. ¿Qué?

CONDE. Tengo treinta años.

CONDESA. ¡Perfectamente! Puedes añadir que tienes derecho para echarme de esta casa, pues al unirme con tu padre no traje otra dote que mi nobleza.

CONDE. ¡Oh! Bien sabe usted que es suyo cuanto poseo.

CONDESA. No. Si contraes semejante enlace, nada quiero de tí. Prefiero la indigencia al bochorno de vivir con una mujer oscura, á quien tendría que dar el nombre de hija.

CONDE. Mamá, no nos atormentemos con la idea de un porvenir... muy dudoso todavía.

CONDESA. Dices bien. Yo descanso en la nobleza de tus sentimientos, único consuelo de mi vejez.

CONDE. A Dios, madre mia. No tardaré en volver. Suceda lo que quiera, siempre puede usted contar con el corazon de su hijo (1).

(1) Besa la mano á la Condesa y parte.

ESCENA VIII.

La Condesa.

CONDESA. No hay que perder un momento (1). Le conozco: si llega á tomar un partido, no hay poder humano que le detenga. Salvémosle del peligro á que le arrastra una pasion insensata.—Si; este es el mejor arbitrio. Quitándole la esperanza... (2) Lleva estas dos esquelas á donde dicen los sobres: volando.

ESCENA IX.

Toribio, la Baronesa (3), la Condesa.

BAR. ¡Ah, ah, ah! ¡Si supiera usted lo que acaba de sucederme!

CONDESA. No ha sido ninguna desgracia por lo que veo.—Pero ¿quién es ese mozo?

BAR. Parece que no está acostumbrado á hacerse anunciar. Estaba yo muy descuidada en mi tocador; siento pasos detrás de mí; vuelvo la cabeza asustada, y veo á ese mancebo que, despues de haberme mirado de pies á cabeza, me pregunta si es

(1) Se sienta á una mesa y escribe.
(2) Toca la campanilla.- A un criado que viene.
(3) Riendo á carcajadas.

el señor Conde de Sierra-blanca á quien tiene la honra de hablar.

TOR. Perdone V. S. Pero si soy un zopenco, la culpa no es mia sino de mi mala estrella. ¡Sobre que no pongo mano en cosa que me salga bien!

CONDESA. ¿Qué quería usted?

BAR. La proteccion del Conde. Pero en esta ocasion no le valdrá menos la mia. Es el novio de Luisa.

CONDESA. ¡Cómo!

TOR. Cuando digo novio quiero decir que tuve pretension de serlo hace seis meses. El tio Buitrago es mi padrino; pero se ha cruzado un impedimento que...

CONDESA. Pues qué ¿sabe usted...

TOR. Yo se... yo se que he nacido en mal signo. La primera vez que entro en quinta, ¡zas! saco el número uno. ¿No es desgracia? ¡Yo que todavía no he sacado ninguno en la lotería!

BAR. Si no es mas que eso...

TOR. Pues me parece que es bastante. ¡Un soldado! ¡Un quinto! ¡Soberbio partido!— Lo que decia el tio Buitrago: si siquiera fuese yo sargento... Pero si tan largo me lo fias... Y mientras tanto ¡déjese usted la novia en Madrid! ¡Y yo que he nacido en mal signo!

BAR. ¡Pobre muchacho!

TOR. Vamos; ¡si no se ha visto un hombre mas fatal que yo! Gasté en un burro

todo mi haber, y con una carga de besugos... porque yo soy de Laredo para servir á VV. SS., echo á andar para Madrid. Pues señor, cate usted que se establece la diligencia del pescado y tengo que aprender otro oficio. Aprendo á afeitar en mi pueblo: me vengo á la corte esperando hacer mas fortuna... y me encuentro con que todo barbon ha dado en la flor de afeitarse solo. ¡Es mucha fortuna la mia!

BAR. Ah, ah, ah. Me hace gracia.

TOR. Por colmo de desdichas le sucede á Luisa aquel fracaso justamente el mismo dia que me pongo en camino para mi tierra; ¿y para qué? ¡Para sacar el número uno! ¡Como si esto valiese la pena de andar ochenta leguas á pie! En fin, el tio Buitrago me dice que el señor Conde de Sierra-blanca tiene mucho afecto á la familia. Vengo á pedirle su proteccion... y no le encuentro en casa; y es capaz de haberse ido á Filipinas.

CONDESA. No hay que desanimarse. Aun puede usted casarse con Luisa.

TOR. ¿De veras, señora? Seria cosa de volverme loco; ¡porque la quiero tanto!

BAR. ¿Y ella le quiere á usted?

TOR. Nunca está uno muy seguro de esas cosas; pero es buena muchacha, y una vez casada conmigo...

CONDESA. Bien; yo le compraré á usted

un sustituto, y cuidaré de su bienestar. ¿Se llama usted...

TOR. Toribio Moreno, para lo que V. S. guste mandarme. Pero... vamos, la verdad, ¿se están VV. SS. burlando de mí?

CONDESA. No por cierto. Repito que le quiero casar á usted con Luisa.

TOR. ¡Ah, que bueno! Mi fortuna se cansa de ser suegra.

CONDESA. Pero es preciso que se haga pronto la boda.

TOR. Por mi parte ahora mismo.

CONDESA. Lo primero es buscar el sustituto. Yo me encargo de pagarlo.

TOR. Eso no es dificil. ¿Qué no se encuentra en Madrid por el dinero?

UN CRIADO (1). Luisa Buitrago.

TOR. ¡Luisa!

ESCENA X.

Dichos y Luisa.

LUISA. Me ha mandado V. S. venir...

CONDESA. Si, hermosa. Acérquese usted.

BAR. Vamos Toribio, que este vá á ser buen dia.

TOR. Asombroso.

CONDESA. Luisa, me he propuesto hacer á usted dichosa.

BAR. La señora Condesa vence todos los

(1) Anunciando.

obstáculos que se oponian á su casamiento de usted con ese jóven.

LUISA. ¡Qué oigo!

TOR. ¡Cómo se ha turbado! — Escucha, Luisita...

LUISA. (1) Señora Condesa...

CONDESA. Recóbrese usted.—Vamos, Toribio; á buscar corriendo el sustituto; y no tarde usted en volver.

TOR. Ya voy, señora; pero...

CONDESA. No hay que perder tiempo.

TOR. Voy, voy... (Quisiera yo hablar con Luisa. Parece que no está muy contenta... ¿Si hará de las suyas mi arrastrada fortuna?)

ESCENA XI.

Dichos, menos Toribio.

LUISA. Señora Condesa, estoy muy agradecida á tanta bondad, pero... no quiero casarme.

BAR. (Ya adivino la causa).

CONDESA. ¿Y cuáles son los motivos de esa repugnancia?

LUISA. ¿Los motivos?... No tengo ninguno; pero no quiero casarme..., ni me casaré jamás.

CONDESA. Pues hace seis meses que pensaba usted de otro modo y estaba dispuesta

---

(1) Temblando.

á ser esposa de Toribio. ¿Quién le ha hecho á usted mudar de pensamiento?

LUISA. Yo... yo no lo sé... pero no pienso como pensaba.

BAR. Tal vez desde aquella época habrá hecho esa niña comparaciones poco ventajosas para Toribio.

CONDESA. Crea usted, Luisita, que solo deseo su felicidad. Toribio parece muchacho honrado, y prometo á usted que casada con él nada le faltará, ni tampoco á su anciano padre.

LUISA. ¿Mi padre... Basta mi trabajo para mantenerle.

UN CRIADO. (1) El escribano que ha mandado venir mi señora la Condesa.

CONDESA. Que espere en mi gabinete. Voy al instante (2). Quédese usted, Luisa. Reflexione bien sobre lo que acabo de proponerla.

LUISA. Señora...

CONDESA. Mire usted que si se deja arrastrar por algunas ideas temerarias, podrá costarle muy caro.—Vamos; á mi vuelta espero encontrar á usted mas razonable. Convénzala usted, Baronesa.

---

(1) A la puerta
(2) Vase el criado.

ESCENA XII.

La Baronesa, Luisa (1).

BAR. (Bonita si es; pero sin elegancia, sin señorío... ¡Y quiere sacrificarme el Conde á una mujer de esa estofa!... Veamos si su talento está cultivado) (2). ¿Por qué se aleja usted, prenda mia? Hablemos un poco. Sospecho que su padre de usted la ha dado una educacion superior á su esfera.

LUISA. ¿A mí? ¡Oh Dios mio! No señora.

BAR. ¡Cómo! ¿Nada le han enseñado á usted?

LUISA. Si tal; he aprendido á leer, á escribir, y despues á coser y á bordar.

BAR. ¡Ah! Pero en las horas desocupadas... la lectura...

LUISA. Si; ¡el tiempo que tengo yo para leer! ¡Siempre esclava del bastidor!

BAR. Parece que las largas visitas del Conde se pasaban en hablarla á usted de amor.

LUISA. ¿Quién se lo ha dicho á V. S.?

BAR. Eso ya se entiende. Y usted ¿qué le respondia?

LUISA. ¡Ah! Yo, pobre de mí, debil, en-

---

(1) Luisa se aleja de la Baronesa y se dispone á retirarse de la sala.

(2) Acercándose á Luisa.

ferma, poco podia hablar... Y luego, ¡tenia tanto placer en escucharle!

BAR. Todos los dias le prometia á usted volver al siguiente.

LUISA. No señora. Volvia sin prometerlo.

BAR. ¿Y qué espera usted de él?

LUISA. ¿Yo, señora?... Nada.

BAR. Hace usted bien. —¿Pero por qué rehusa usted una boda que la conviene?

LUISA. Porque no tengo amor al novio que me proponen.

BAR. Ya comprendo.—En efecto, el pobre Toribio solo puede ofrecer á usted una modesta subsistencia... y usted se avergonzaria en la actualidad de casarse con un artesano.

LUISA. ¡Yo avergonzarme!

BAR. Sin duda. Con él todo su lujo de usted se reduciría á algun vestidillo de percal para los dias que repican recio. Él no podria comprar á usted suntuosos trajes, joyas...

LUISA. No se han hecho para mí esas grandezas. Lo repito, señora. No tengo mas que mis manos.

BAR. Y el amor del Conde.

LUISA. ¿Qué quiere V. S. decir con eso?

BAR. Nada mas natural. El Conde es rico, generoso...

LUISA. ¡Ah señora! (1)

BAR. ¡Eh! ¿Por qué llora usted? Yo no

(1) Llora.

quiero afligirla; ni digo mas que lo que todo el mundo debe suponer.

LUISA. ¡Qué oigo! ¿Habria quien sospechase?...

BAR. ¿Y qué quiere usted que piense el mundo? Hablemos de buena fe. El Conde de Sierra-blanca es bien conocido: jóven, amable, muy pronto para enamorarse, pero no menos pronto para mudar de amor. ¿Han de verle pasar los dias enteros en casa de una linda costurera que apenas ha cumplido diez y ocho años, y han de creer que sus visitas son inocentes? ¡Ay Luisita!...

LUISA. Basta. No diga V. S. mas. Yo puedo sufrir la pobreza, pero no he aprendido á sufrir la deshonra. Y mi pobre padre... si llegase á imaginar... ¡Ah! se moriría de pesadumbre.

BAR. Yo lo creo. Es un valiente soldado y muy celoso del honor de su familia. Por lo mismo deseará con ansia el verla á usted establecida.

LUISA. ¡Desventurada Luisa! Yo no habia pensado... ¡Ay señora! V. S. me abre los ojos.

BAR. Ese matrimonio que proponemos á usted será la salvaguardia de su virtud. Si usted no vuelve por sí misma pudiera llegar un dia en que se viera rechazada por su familia, abandonada por el Conde, despreciada...

LUISA. ¡Despreciada!

BAR. Casándose usted, los deberes de su estado no tardarian en serle mas lisonjeros que sus presentes ilusiones. Olvidaria usted al Conde, conservaria la estimacion de cuantos la conocen, y el mismo Conde no podria menos de respetarla.

LUISA. ¡Ah señora! Ese consejo...

BAR. Es dictado por el interes que usted me inspira. Un momento de valor evitará á usted muchos disgustos, muchos remordimientos, y á su padre una afrenta, á la cual no podria sobrevivir.

LUISA. Señora...

BAR. Reflexione usted Luisa. Aun es tiempo.

LUISA. Si, tiene V. S. razon. ¡El deshonor!... ¡El mundo es tan malo!... ¡tan injusto!...

BAR. Animo, hija mia. Decídase usted.

LUISA. (Él es rico, noble... yo una pobre jornalera... Si; es imposible. — ¡Mi desdichado padre...)

BAR. Vaya; ¿Qué dice usted?

LUISA. (Me acusarian las gentes... Me despreciarian...)—Señora... si es preciso... me casaré con Toribio.

BAR. Bien, hijita, bien. Voy á anunciar esa resolucion á la Condesa.

LUISA. Si... si... Dígaselo V. S. pronto, muy pronto... que si viera V. S. mi corazon... No se cuanto podrá durarme esta fortaleza.

BAR. Voy, voy corriendo.

ESCENA XIII.

LUISA. (1) ¡Todo se acabó!... Y este anillo... única fineza que he querido recibir de su mano... porque en él está gravado su nombre... ¡ya no lo puedo conservar! (2)

ESCENA XIV.

Luisa, el Conde.

CONDE. (¡Luisa aquí!...) Ah, ese dulce recuerdo me colma de regocijo.

LUISA. Déjeme usted, señor Conde.

CONDE. ¿Qué tiene usted, bella Luisita? ¿Por qué huye usted de mí?

LUISA. Porque debo hacerlo. No volveré á ver á usted... No quiero verle á usted mas. — Me caso.

CONDE. ¡Se casa usted!

LUISA. (3) Un honrado mozo que conviene á mi padre... y á mí... tambien... pidió mi mano hace seis meses, y... va á ser mi marido.— Tome usted, señor Conde, tome usted esta sortija...

---

(1) Sola
(2) Lo lleva á sus labios.
(3) Rápidamente sin mirarle.

CONDE. (1) ¡Ah! Le dás tu mano... ¿Y le amas? ¿Y estás contenta?

LUISA. ¡Contenta! (2)

CONDE. ¡Qué palidez!

LUISA. (¡Si pudiera morirme!)

CONDE. Tú me engañas, Luisa. No le amas: no le puedes amar.

LUISA. (3) ¡No quiero verme despreciada!

CONDE. ¡Ah! Ya lo adivino todo. ¡Luisa mia!

LUISA. ¡Luisa mia!... Esta sola palabra me quita todas mis fuerzas. Nunca, nunca podrá ser otro mi dueño.

CONDESA. (4) Pase usted señor Buitrago.

CONDE. ¡Oh Dios! ¡Mi madre!

ESCENA XV.

La Condesa, la Baronesa, el Conde, Luisa Buitrago, Toribio.

CONDESA. Entre usted tambien, Toribio. Aquí tiene usted á su esposa. — Mariano, hace seis meses que se aman esos muchachos.

TOR. Permitame V. S., señora Condesa: cuando digo seis meses... si, ese tiempo hace que estoy enamorado de Luisita.

(1) Sin tomarla.
(2) Cae casi sin sentido sobre un sillon.
(3) Estrechando las manos del Conde entre las suyas.
(4) Dentro.

Heem... ¿qué se yo... Ahora; lo que es ella... pero en fin, cuando se casa...

CONDESA. Si; de muy buena voluntad.

CONDE. Responda usted, Luisa. Usted sola es dueña de su albedrio, y nadie, nadie le debe violentar. — Hable usted con sinceridad.

LUISA. ¡Padre mio...

BUIT. Vamos, ¿qué se ofrece?

LUISA. No quiero engañar á nadie. No puedo casarme con Toribio porque nunca le he tenido amor.

TOR. ¡Muy bien! — ¡Cuando yo digo que he nacido en hora menguada! Señora Condesa, ahí tiene V. S. su dinero (2). Para nada lo necesito: seré soldado; y verán ustedes como todavía no tengo la fortuna de que me alumbren una bala de cañon que me haga cenizas.

CONDESA. (1) ¿Qué significa esto? ¿Pues no prometió usted casarse con él hace un instante?

BAR. (¡Eh! Toda mi diplomacia se ha perdido.)

BUIT. Oyes, chica; parece que aquí hay gato encerrado, y esto no me gusta; que el sargento Buitrago siempre ha marchado via recta por el camino real. Acláranos este fregado.

LUISA. ¡Padre...

---

(1) Deja sobre la mesa unos billetes.
(2) A Luisa.

CONDESA. Queria asegurar á usted una subsistencia honrada, y se niega á aceptar mis beneficios.—¿Se atreverá usted á confesar sin sonrojarse los motivos de su repulsa?

CONDE. ¡Ah...

BUIT. ¿Qué viene á ser esto? Luisa, tú eres mi única hija, pero... bien lo sabes: antes quisiera verte muerta que despreciada.—Escucha: si Toribio quiere todavía...

TOR. ¿Cómo si quiero?...

BUIT. Casate con él. El amor vendrá luego. Lo que ha dicho la señora Condesa me hace cavilar... Quiero que te cases con Toribio.

LUISA. ¡Jamas!

BUIT. ¿Qué se entiende...

CONDESA. Ya basta de contemplaciones. Harto tiempo nos han tenido fastidiados los caprichos de esa niña. Vete de aquí.

CONDE. ¡Oh! No la despida usted de ese modo; se lo suplico. Su voluntad es libre.

CONDESA. ¿Y no tengo yo tambien derecho para despedir á las gentes que me importunan?

CONDE. (1) ¡Madre!...

CONDESA. ¿Tengo yo de rozarme, por complacerte, con una mujercilla de poco ma ó menos?

BUIT. ¡Señora Condesa!...

---

(1) Animándose por grados.

LUISA. (1) Venga usted; vámonos, padre.

CONDE. (2) No consentiré que se les ultraje en mi presencia.

CONDESA. Ni yo sufriré mas tiempo la suya. Váyanse ustedes de aquí! ¡Al instante!

CONDE. No se muevan ustedes.

BAR. (¿Qué va á hacer este hombre?)

CONDESA. Váyanse ustedes, les digo, ó los echarán mis criados.

CONDE. ¡Cómo! ¡A Luisa! ¡A mi valiente camarada!

BUIT. Déjenos usted marchar, mi comandante.

LUISA. No puedo permanecer aquí. Estoy en casa de su madre de usted.

CONDE. ¡En casa de mi madre!... Nadie tiene facultad para echarte de aquí.

CONDESA. ¡Qué dices!

LUISA. Déjeme usted...

CONDE. ¡No, no! — ¿Usted lo quiere, madre? ¡Usted me obliga...

CONDESA. ¡Cómo! ¿Qué designio es el tuyo?

CONDE. (3) Condesa de Sierra-blanca, está usted en su casa.

---

(1) Queriendo llevarse á su padre.
(2) Deteniéndolos.
(3) Tomando á Luisa de la mano.

ACTO SEGUNDO.

Sala baja con vistas á un parque. A la derecha del actor una mesa.

ESCENA I.

Buitrago, Toribio (1).

BUIT. Avance usted, camarada. Yo te enseñaré á pasar por casa de los amigos sin entrar si quiera á preguntar como lo pasan.

TOR. Es que... Ya ve usted, tio Buitrago. No me atrevia...

BUIT. "No me atrevia"... ¿Eso dice un soldado?... Pero calla; ya eres cabo segundo y no hace mas que nueve meses que entráste en el regimiento. ¡Y luego dirás que has nacido en mal signo! — Ea, cuidado con decirme "no me atrevo" como un recluta de quince dias, y eso porque habito en una quinta soberbia. Franqueza, que aunque sea yo suegro de...

TOR. Pues por eso no queria yo... — La señorita Luisa es tan guapa... ¡Aaah! (2)

(1) Entran por el fondo.
(2) Un gran suspiro.

BUIT. ¡Cómo! ¿Piensas en ella todavía, somaten?

TOR. No, no. Ya sé que es una gran señora. Pero cuando he vuelto á ver á usted, tio Buitrago, me ha dado unos saltos el corazon... Vamos, vamos: aquello se acabó.—Con que, ¿qué tal va? Este si que es buen alojamiento, y no los que me han dado á mí por esa Mancha de Lucifer.

BUIT. Pues no creas que me envanecen á mí estos oropeles. Desde que mi hija se casó con el comandante, que es rico, lo soy yo tambien... Pero... ¿quieres que te diga la verdad? Me fastidio.

TOR. ¿Pues qué diablos quiere usted?

BUIT. No me fastidiaba yo cuando servia. ¡Qué bella profesion es la de soldado! Y los balazos... Esto si que divierte y abre el apetito. ¿Qué dices tú?

TOR. ¡Qué! ¡Si yo no he olido la pólvora mas que en los ejercicios de fuego! Ya sabe usted que tengo mala estrella.

BUIT. Ya se vé; tú no sabes lo que es una campaña...

TOR. Si tal. La primavera pasada salí de partida en persecucion de contrabandistas...

BUIT. ¿Y atrapaste alguno?

TOR. No, señor, pero de dormir al sereno atrapé unas tercianas que me han tenido seis meses en el hospital.

BUIT. Bien dices que has nacido sin fortuna. ¡Oh! En mis tiempos...

TOR. Aquellos eran otros tiempos. Eso si, usted bien ha ganado sus inválidos; pero vamos, que la retirada es famosa. Usted bebe de lo mas añejo, y come á la mesa del patron como en pais enemigo.

BUIT. ¿Qué estas diciendo ahí de pais enemigo? El comandante es mi yerno.

TOR. No lo digo por murmurar; pero la tal boda preciso es que haya hecho un ruido de todos los diablos. Yo no tuve valor para estarme ni un solo dia en Madrid. Salí de casa de la Condesa como perro con maza, y ahora vuelvo con el alta del hospital, porque está allí de guarnicion mi regimiento desde el mes pasado.

BUIT. Mucho me alegro de haberte encontrado en el camino.

TOR. ¡Pero que escena aquella! ¿Se acuerda usted tio Buitrago? Vaya una cara que puso la vieja cuando dijo el señor Conde: "Condesa de Sierra-blanca, está usted en su casa." No se me olvidan á mi las tales palabras mientras tenga dientes.

BUIT. Que quieras que no quieras, no hubo remedio: se casó con Luisa, y desde el dia de la boda vivimos en esta casa de campo á cinco leguas de Madrid. La vieja no ha vuelto á ver al Conde... Pero vaya si lo tomó á pecho mi yerno. Porque le dijo el general que no aprobaba su casamiento, y que se yo... y si la licencia... ¿Sabes cual fue su respuesta? "Mi

general hago demision de mi empleo.'

TOR. ¡Caramba! ¡Si pudiera yo tambien hacer demision del mio!

BUIT. El Conde no está hoy en casa. Ha ido á Madrid porque trata de hacer las paces con su madre. Pero la buena señora tiene mas vanidad que don Rodrigo en la horca.

TOR. ¿Y se ha llevado consigo á la señorita... á la señora... ¿Cómo debo decir? ¿A la señora... Condesa? ¡Uf! ¡Me cuesta una pena el soltar este apellido!

BUIT. No. La verás muy pronto. Está repasando su leccion de español en el gabinete.

TOR. ¡Toma, toma! ¿Pues no sabe hablar en español como usted y como yo?

BUIT. Si; pero su marido, como es tan redicho; digamos tan... ¿qué se yo? Ello es que para él nada dice bien la chica; y por eso trata de aprender todos esos requilorios... de... Pues: ya me entiendes.

TOR. ¡Pero que fortunon, tio Buitrago! Ella siempre ha sido amiga de ponerse maja; y ahora que tiene barro á mano...

BUIT. Yo creo que es dichosa. ¡La quiere tanto su marido!... Él tiene sus rarezas; eso si, porque estos que nacen señores... No quiere que gaste conversacion con una mocita que está aquí, y que llama él su camarera de la Condesa; y eso que es tan buena muchacha... Fuera de esto es

el mejor marido del mundo. Desear Luisilla una cosa y tenerla es todo uno.— ¡Eh!... Algo suele rebajar, y cuando habla casi siempre la contradice. El otro dia, ¡vaya que tambien es impertinencia! la dijo: "Luisa, ya te he repetido veinte veces que no se debe decir el señor tal, y su mujer; sino *su señora.*

TOR. ¡Ba ba! ¿Dejará de ser una mujer casada la mujer de su marido? Pero ya tengo gana de ver á la señora... Condesa.

BUIT. No la vas á conocer. Tiene un aquel... Un señorío... ¡Toma! Y habia empezado á estudiar la música... el piano. ¡Válgame Dios lo que le dieron que hacer el fa, y el sol... y las... las cocheras y las confusas... y las escalas aromáticas!... Pero al cabo de un mes se impacientó el comandante, y saltó y dijo: trabajo perdido; nunca aprenderás... Mira: ahí la tienes.

ESCENA II.

Dichos, Luisa.

BUIT. Luisa, ¿conoces á ese abispa?

LUISA. ¡Ah! ¡Toribio!

BUIT. Si; mi ahijado. Habia ido yo al parador que está orilla de la carretera. Allí estaba charlando con el patron y echando un cigarro, cuando me veo al buen Toribio que va á Madrid á reunirse con

su regimiento, y le digo: alto : no te dejo pasar sin que vengas á almorzar con nosotros.

LUISA. Ha hecho usted muy bien, padre mio.

TOR. Señora... V. S... (¡Oh que bonita!) Es que... estoy mal equipado para almorzar con una Condesa.

LUISA. No importa Toribio; yo siempre soy amiga de mis amigos.

BUIT. ¡Bien, hija mia! Eso me gusta. — A bien que para almorzar lo que menos importa es el equipaje. En habiendo apetito... Vamos á ver: ¿qué vino beberías tú de mejor gana?

TOR. Yo... cualquiera: el mejor que haya. En siendo vino...

BUIT. No hay cuidado: almorzarás como un príncipe. Y luego café, y eso que llaman *plus*... (1) Asi llamamos nosotros á los criados. (2) Señor Miguel, hágame usted el favor de decir al cocinero que nos haga de almorzar para tres.

CRIADO. Pues qué, ¿viene hoy el señor Conde?

LUISA. Creo que no; pero el señor vá á almorzar con nosotros.

CRIADO. ¡Ah! ¿El señor?...

LUISA. Si. Despáchese usted: se lo agradeceré. (3) Siéntese usted, Toribio: estará usted muy cansado.

---

(1) Toca la campanilla.
(2) A un criado que acude. (3) Vase el criado.

TOR. ¡Cá! No señora. Tengo buenas piernas.

BUIT. ¡Por vida... que tengo que mandar hacer una sangría al caballo tordo!... Toribio, charla un poco con Luisa. Cuéntala tus campañas. Yo no tardaré en volver.

ESCENA III.

Toribio, Luisa.

LUISA. ¡Cuántas cosas han pasado desde que no nos vemos!

TOR. Si. Ya me escribieron que su prima de V. S...

LUISA. Déjese usted de Usias.

TOR. Que su prima de V. S... Usted... la Pascuala, se ha casado con aquel guarnicionero...

LUISA. ¿De veras?

TOR. ¿Con que no sabia usted nada?... ¿Y hace mucho tiempo que no ha visto usted á la otra prima, á Ramona Crespon, que se casó, y puso tienda de modista...

LUISA. Desde mi boda no sé de ella.

TOR. (¡Lo que es llegar á ser gran señora!) ¿Y qué se ha hecho el tio Geromo, su tio de usted?

LUISA. No sé...

TOR. (Parece que no hace mucho caso de sus parientes).

EL CRIADO. Señora, el señor Conde acaba de llegar.

LUISA. ¡Mi marido! ¡Qué dicha!

ESCENA IV.

Dichos y el Conde.

CONDE. Buenos dias, mi amada Luisa.

LUISA. ¡Otro abrazo, querido mio!

CONDE. (1) ¡Quién te acompaña! — ¿Qué hombre es ese?

TOR. Que Dios guarde á V. S., mi comandante.

CONDE. Esa cara no me es desconocida.— Ah, ¿es usted...

TOR. Toribio Moreno, cabo segundo de la primera compañía, del segundo batallon del tercer regimiento de infantería de...

CONDE. ¿Y vá usted á reunirse con sus banderas? Muy bien. Miguel, llévale allá dentro... Que le den bien de almorzar. — Adios, amigo mio. Si quiere usted que le recomiende á su coronel...

TOR. Gracias, mi comandante. Quédese usted con Dios, señorita. Muchas memorias á mi padrino.

CONDE. ¿Quién es su padrino?

LUISA. Mi padre. Toribio es pariente nuestro, aunque lejano... Mi padre le ha-

(1) A media voz.

bia convidado.... á almorzar... con nosotros....

CONDE. ¡Pche... (Valgate Dios por parentela...)

LUISA. (1) A Dios, Toribio.

CONDE. No... Quédese usted. — Almorzaremos... juntos... y luego...

TOR. V. S. me ha de perdonar. No tengo hambre, y estoy de prisa.

CONDE. Pero...

LUISA. (2) Quédese usted. — Él no se opone...

TOR. Dios se lo pague á V. S. No tengo tiempo mas que para coger la mochila y echarme los pies al hombro.

CONDE. Ya que no podemos detener á usted, vaya con Dios. Si en algo puedo serle útil disponga de mí.

LUISA. (3) Si necesita usted dinero...

TOR. Estimando, señora. No necesito nada.

LUISA. Haria usted mal en tener cortedad...

TOR. No, no... (Su corazon es bueno; eso sí). Salud, señores.

---

(1) Viendo el descontento del Conde y acercándose á Toribio.
(2) Bajo á Toribio.
(3) En voz baja.

ESCENA V.

Luisa, el Conde.

CONDE. ¿Qué es eso? ¡Lloras, Luisa!

LUISA. No...—Pero siento que Toribio... El pobre muchacho se vá triste. Dirá que soy una orgullosa; y como al fin es nuestro pariente...

CONDE. Cuando lo he sabido ya he procurado detenerle. — Pero hoy espero visitas, y tus parientes...

LUISA. Nunca me hablas de mis parientes sino cuando vuelves de Madrid. Como vienes de las grandes tertulias... En los primeros meses de nuestro matrimonio no te separabas de mí, y no me decias esas cosas.

CONDE. Perdona, Luisa; pero ya debes conocer...

LUISA. ¿No me amas ya como antes?

CONDE. Si, esposa mia. Te amo tiernamente.

LUISA. ¡Ah! ¡Qué bien suenan á mi corazon esas dulces palabras! Y siempre me amarás lo mismo: ¿verdad que si?

CONDE. ¡Verdad que si! ¿Qué modo de hablar es ese?

LUISA. ¡Oh! No te enfades. Mi maestro está contento de mí. Dice que hago.... ¿Cómo ha dicho? Que hago progresos.

¿Habia muchas faltas en la carta que te escribí ayer?

CONDE. Cuando veo que en todas las líneas me pruebas tu amor, poco me importa el estilo. — ¿Pero no me pides noticias de Madrid?

LUISA. ¡Ah, si! ¿Has hecho ya las amistades con tu madre?

CONDE. ¿Te has reconciliado ya con tu mamá? estaría mejor dicho.

LUISA. Bien. ¿Te has... reconciliado ya con tu mamá?

CONDE. Si Luisa; y sin entrar en explicaciones. La estreché en mis brazos, lloró, y todo se ha olvidado. Hoy mismo va á venir aquí con la Baronesa de Laglera, á quien debo esta reconciliacion.

LUISA. ¿La Baronesa de Laglera?... ¡Ah! si. Es aquella señora jóven... Ya caigo.

CONDE. ¡Ya caigo! ¿Dónde has aprendido á explicarte así?

LUISA. ¡Mariano!...

CONDE. Mira bien como hablas cuando esté aquí la Baronesa.

LUISA. ¡Jesus María! Nunca me has reprendido tanto como hoy. Vamos, Mariano de mis ojos, yo haré lo que pueda para que no digan que tu mujer... tu señora no te hace honor; pero por Dios no me regañes tanto. Anda, que para el invierno que viene, ya que quieres que volvamos á Madrid y llevarme á los bailes y á los

conciertos, verás, verás tú cuantas cosas he aprendido ya. Ya comienzo á saber bien mi geografía.

CONDE. ¡Tu geografía!

LUISA. Si, esposo. Ya me se toda la Europa de cabo á rabo; y voy á entrar en el Asia.

CONDE. No es eso lo que mas importa saber, sino... Pero pensemos en recibir á mi mamá y á la baronesita, que llegarán de un momento á otro. Es preciso procurar que les sea agradable esta mansion. — Ah, tú estas en *negligé*. Bueno seria que te pusieras un vestido de los mas elegantes, joyas, y...

LUISA. ¿No me quieres tú como estoy? ¿Pues qué necesidad tengo de agradar á los demas?

CONDE. Si, mi adorada Luisa, pero quisiera que á la Baronesa y á mi mamá les parecieses bonita... muy bonita.

LUISA. ¡Qué cosas tienes! Te daré gusto, pero no quisiera ponerme de mucho lujo. Todavía soy yo un poco así... á la buena de Dios; y como ellas están mas en los trotes de la elegancia...

CONDE. Si, si; tienes razon. No te vistas de toda etiqueta. Lo que quiero es que tengas muy presentes mis lecciones durante la comida.

LUISA. Si; ya se que no he de poner el pico de la servilleta debajo del plato, ni

la he de doblar cuando me levante; que no he de cortar el pan con el cuchillo; que cuando... ¿De qué te ries?

CONDE. Me rio de tí, y de mí mismo. Anda al tocador, Luisa mia. Sé siempre buena y amorosa como ahora, y mi corazon nada echará de menos á tu lado.

LUISA. ¡Oh que feliz me ha hecho Dios! En cuanto á amor y docilidad... serias muy ingrato si no estuvieses contento de tu Luisa.

ESCENA VI.

El Conde.

CONDE. ¡Escelente muchacha! En verdad que estoy avergonzado de viciar su bella índole empeñándome en hacerla adoptar ese dialecto ridículo, esas necias pantomimas que llamamos finura, elegancia, buen tono... ¡Pobre Luisa! ¡Cuanto vale mas tu candor, tu sencillez, la pureza de tu alma que todo ese frívolo charlatanismo!— ¡Ah! ¿Usted por aquí, Buitrago?

ESCENA VII.

El Conde, Buitrago.

BUIT. Buenos dias, mi comandante. ¿Qué tal ha ido por Madrid?

CONDE. Muy bien.

BUIT. Me alegro.

CONDE. ¿Tenia usted alguna cosa que decirme?

BUIT. Si tenia.

CONDE. Pues con toda confianza...

BUIT. Vengo á despedirme de usted. Me vuelvo á Madrid.

CONDE. ¡A Madrid! ¿Y por qué?

BUIT. Cada uno se entiende y baila solo.

CONDE. ¿Pero qué negocios?...

BUIT. Un pobre coscon como yo no tiene negocios; pero no me gusta incomodar á nadie. Que usted lo pase bien, mi comandante. A otra parte con la música.

CONDE. ¿Qué viene á ser eso? Parece que está usted de mal humor.

BUIT. No señor. En mi vida he estado mas contento.

CONDE. No, no; sea usted franco. ¿Qué ha pasado? ¿Quién le ha ofendido á usted?

BUIT. ¿A mí? Nadie. Yo no hago caso de tonterías. Ya se que yo no mando aquí. Al que paga el rancho es solo al que le toca convidar al prójimo, y como no tengo motivo para quejarme, me aguanto y desfilo.

CONDE. Ah, ya comprendo. Habrás hablado con Toribio... ¿Pero tiene algo de particular...

BUIT. No señor. ¡Cá! Si yo fuese un hombre como usted antiguo gefe de escua-

dron, rico, noble, y con todos esos... utensilios que usted tiene, puede que hiciera yo tambien el pavo real; pero yo no estoy aquí en mi puesto, y la historia de Toribio, que se larga de aquí con la barriga pegada al espinazo porque se ha picado, me hace abrir los ojos; que cuando la barba de tu vecino veas pelar... ¿Qué haces tú aquí, garrapata? He dicho yo para mi saco; y sin mas hache ni erre me vuelvo á Madrid á paso redoblado.

CONDE. No, no consentiré que se vaya usted de mi casa.

BUIT. ¡Oh! ¡Por vida de un cañon!... Mire usted: ya que me he quitado la mascarilla voy á cantar de plano. Yo me aburro aquí, para que usted lo sepa, porque.... no estoy á mis anchas, y no estoy á mis anchas porque no vivo como estoy acostumbrado á vivir. Me hacen almorzar á medio dia y comer á las seis, y tengo que andar siempre con unas entiquetas, y unos... perfiles que me corrompen; clarito. En esos gallardos salones ni puedo fumar, ni echar un terno si viene á bien... ¡Nada, nada! Andando se quita el frio. Lejos de aquí yo estaré mas contento y usted tambien.

CONDE. ¿Pero cómo no ha hecho usted esas reflexiones hasta hoy?

BUIT. Usted me ha de perdonar. Ya hace tiempo que me las hago, sino que... Atienda usted, señor don Mariano. Yo soy vie-

jo, y tengo tambien mis manías. Me gusta tratar á menudo con otros veteranos como yo, y echar con ellos un truque, y merendar un plato de callos, y echar media docena de trinquis en gracia de Dios. Allá estoy como quiero: acá me incomodo y le incomodo á usted. Las visitas que vengan se burlarán de los dos. Usted perderá sus amigos, y yo los mios, que cada uno los tiene á su modo. Lo que es mi hija.... es su mujer de usted, y las mujeres deben vivir con sus maridos. Ya va aprendiendo todas esas pinturas de las grandes señoras, y no hay cuidado; que con el tiempo será maestra. Si mientras tanto se mofan de ella, á bien que no está casada con ningun manco: corta usted las orejas á los bufones, y aquí paz y despues gloria.

CONDE. Buitrago, me da usted tanta pena...

BUIT. Yo tambien siento dejar á mi comandante; ¿pero qué se ha de hacer? Tan amigos como antes. Yo vendré á ver á usted alguna vez, y cuando esté solo le pediré de almorzar.... para mí solo se entiende. No estoy amoscado, mi comandante. Le quiero á usted, le estimo; pero.... cada oveja con su pareja.

CONDE. Prométame usted siquiera que nos veremos con frecuencia...

BUIT. Si; eso si. — Ah, no hay que decir nada á la chica; ¿eh? Que se quede entre

nosotros.... Voy á darla un abrazo.... y arrea que es tarde.

ESCENA VIII.

El Conde, el Criado.

CONDE. ¡Cuántas virtudes me rodean.... y sin embargo cuanto me falta para ser dichoso!

CRIADO. (1) Aquí está todo lo que V. S. ha mandado...

CONDE. Muy bien. (2) La Baronesa podrá cantarnos algunas árias de Rossini. ¡Hace tanto tiempo que no tengo el gusto de oir buena música!... ¡Pero qué amabilidad la suya! Venir aquí cuando á su mano he preferido.... Y verdaderamente su gracia, su finura, su talento... Nunca me ha parecido tan bella, tan... Quisiera yo que Luisa la eclipsase... No tiene hoy en su fisonomía aquella dulzura, aquel interes.... Cuanto sentiré que se presente con cortedad, que se le escape alguna... ¡Qué debilidad!.... ¡Qué vergüenza!... ¿Por qué he de arrepentirme de haber sacrificado á mi amor esas necias preocupaciones?.... ¿Y acaso no es preferible el candor de Luisa á la nimia frivolidad de la Baronesa?...

---

(1) Que trae una arpa, pinceles y papeles de música.

(2) Vase el criado.

ESCENA IX.

El Conde, Luisa (1).

LUISA. Mariano, un coche ha parado á la puerta.

CONDE. Sin duda han llegado mi mamá y la Baronesa.

LUISA. ¡Ay Dios mio! Me da un temblor...

CONDE. Vamos; corre á recibirlas. —Recóbrate... No te aturdas... Y por Dios mira bien lo que dices... ¡Ah! Ya están aquí.

ESCENA X.

Dichos, la Baronesa, la Condesa.

CONDESA. A Dios, Mariano. —Beso á usted... la mano.

LUISA. Señora...

CONDE. (2) Mucho gusto me ha dado usted en venir á verme. —Baronesita, permítame usted que la presente la Condesa de Sierra-blanca.

BAR. Tiempo hace que deseaba tratar á esa señora...

LUISA. Viva usted mil años, señora. Yo agradezco...

---

(1) Llega corriendo.
(2) Interrumpiéndola.

CONDE. (1) Estará usted cansada, Isabelita.

BAR. No por cierto.—¿Pero sabe usted, querida Condesa, que es deliciosa esta quinta?

CONDESA. En tiempos desgraciados me ha ofrecido su mansion un asilo contra los pesares.

BAR. Y ahora busca en ella su hijo de usted un asilo contra los placeres.

CONDE. Los placeres son muchas veces tan enemigos de la felicidad como los pesares.

CONDESA. ¿Y eres tú dichoso?

CONDE. ¡Oh! Mucho.

CONDESA. (2) ¿Estás muy seguro de serlo?

CONDE. ¿Por qué no he de estarlo?

CONDESA. ¿Y usted señora, es feliz?

LUISA. ¿No he de ser feliz... si apenas se aparta de mi lado?

BAR. Durante el estío puede bastar esa felicidad; pero es preciso pasar el invierno en Madrid. No es justo que nos prive usted enteramente del señor Conde, ni usted misma se debe desterrar de la sociedad.

LUISA. Yo haré siempre lo que quiera mi marido. Eso si; confieso que volvería á ver con mucho gozo mi familia, mis amigas...

CONDE. (3) Si, si: pensamos ir á Ma-

(1) Interrumpiéndola.
(2) A media voz.
(3) Interrumpiéndola.

drid... (1) ¿Quiére usted dar una vuelta por el jardin?

BAR. Mas tarde. Tiempo tendrá usted para lucirlo como propietario. Todo lo visitaré despacio.—Ah, ya veo que las artes embellecen esta soledad. ¿Son de usted esta arpa y estos pinceles... Condesita?

LUISA. En verdad que no.—Ya ve usted, señora, que yo...

CONDE. (2) La Condesa es mas aficionada al piano. He mandado traer el arpa para usted.

BAR. Gracias, amigo mio.

CONDESA. (¡Pobre Mariano! ¡Qué apurado está!)

UN CRIADO. (3) Señor Conde, un mozo del parador inmediato acaba de traer esta carta. Espera respuesta.

CONDE. Si ustedes me permiten... ¡Ah! Es del Marques de la Espiga. Ya tenia gana de ver á ese aturdido.

BAR. Mucho me alegro de su regreso.

CONDE. Oigan ustedes lo que me escribe:
"Mi querido Mariano, vuelvo de las Ca»narias, terminada ya mi comision. Habién»dome detenido cerca de tu casa de campo »acaban de decirme que la habitas actual»mente, y tambien que te has casado du»rante mi ausencia. Puedo pasar en tu

---

(1) A la Baronesa.
(2) Interrumpiéndola.
(3) Que entra.

»compañía un par de horas, y si quieres »presentarme á mi señora la Condesa, á »quien no tengo el honor de conocer, iré »á ponerme á sus pies, muy complacido de »encontrar en tu casa un prefacio de los »placeres que me esperan en la corte. En»víame tu respuesta al parador.

»Tu afectísimo y aburrido camarada,

PABLO."

BAR. Que venga. Nos divertirá.

CONDE. No deseo yo otra cosa.

CONDESA. Ve tu á buscarle, Mariano.

CONDE. Dice usted bien: el parador está cerca. Voy corriendo.

ESCENA XI.

Dichos menos el Conde.

CONDESA. Isabelita, ¿por qué no toca usted alguna cosa en el arpa?

BAR. Podría no agradar á esta señorita....

LUISA. Si, señora, si. Toque usted un poquito.

BAR. ¿Qué manufactura es aquella?

LUISA. Un bordado.

BAR. Es muy bonito. Muy bien acabado.

LUISA. Favor que usted le hace. —El que usted lleva es mucho mas guapo. — ¿Es obra de usted?

BAR. (1) ¿Obra mia? No por cierto. Me lo han enviado de Paris.

(1) Sonriéndose.

LUISA. ¡Ay Dios mio, que tiene un rasgon!

BAR. ¿Si? ¡Al bajar del coche sin duda...

LUISA. ¿Quiere usted que se lo zurza en un instante?

BAR. ¡Oh! ¿Cómo habia yo de consentir que se tomase usted esa molestia?

LUISA. No tal; antes tendré mucho gusto en serla á usted útil.

BAR. ¡Oh! De ningun modo. Esa es demasiada bondad.

CONDESA. (Su sencillez me conmueve).

EL CRIADO. (1) El señor Marques de la Espiga.

ESCENA XII.

La Condesa, la Baronesa, Luisa, el Marques.

MARQ. Disimulen ustedes, señoras, que me presente de este modo. No he tenido paciencia para esperar.

CONDESA. Mariano ha ido en busca de usted.

MARQ. ¡Qué amable y que buen amigo! Pero apenas mandé la esquela reflexioné... siempre me sucede á mí lo mismo; reflexioné que no teniendo mas que dos horas disponibles para consagrarlas á la amistad, era muy ridículo el pasar una de ellas en aquel escomulgado meson. Sin duda he

(1) Anunciando.

tomado otro camino. Deseaba con impaciencia ofrecer mis respetos á la señora Condesa de Sierra-blanca (1); pero aun no sabia yo hasta qué punto es dichoso mi amigo (2). Tampoco esperaba encontrar á usted en esta granja, señora (3). ¡Oiga! Pues tambien conozco yo á esa criatura. Mucho me alegro de verla á usted por acá.—¿No se acuerda usted de mí?

CONDESA. (4) Aprovechémonos de su error.

LUISA. Si; me acuerdo de haber visto á usted en casa de doña Salustiana Vivero, aquella tendera gruesa de la calle de Postas.

BAR. ¡Ola! ¿Visita usted á las tenderas?...

MARQ. Con buen fin, señora. Es una doncella de mi madre... jubilada. Ahorró algunos cuartejos: puso una tienda de lencería, y concurren á ella algunas lindas costureras.

BAR. ¡Calle usted!

MARQ. D.ª Salustiana estuvo veinte años en mi casa; me vió nacer, y la gratitud...

BAR. Las lindas costureras...

MARQ. Y mi genio naturalmente observador me conducian algunas veces á su trastienda (5). Dígame usted ¿qué se ha hecho aquella morenilla, pizpireta, un si es no es roma...

(1) Dirigiéndose á la Baronesa.
(2) A la Condesa.
(3) Mira á Luisa.
(4) Aparte á la Baronesa.
(5) A Luisa.

LUISA. ¿Aquella que cuchicheaba con usted?... ¿La Ursula?

MARQ. No.... no. Una que tiene.... asi.... cara de capricho...

LUISA. ¿Mi prima Ramona Crespon?

ESCENA XIII.

Dichos, el Conde.

CONDE. ¡Oh, que estás aquí, Pablito! ¡Caramba! Me has hecho correr...

MARQ. Perdona. ¡Tenia tal deseo de abrazarte!... Pero aun me hubiera apresurado mas si hubiera sabido que encontraría aquí...

CONDE. Siento no haberte presentado yo á mi esposa.

MARQ. Bien podias haberme escrito que te habias casado.

CONDE. Como esperaba verte pronto de vuelta...

MARQ. En la posada me han dado la noticia. Te felicito por tu buena eleccion. Tanta belleza, tanto talento, tantas gracias te prometen una felicidad sin límites.

CONDE. Vivo retirado...

MARQ. Ya entiendo: por unos cuantos meses... Primicias del amor, ¿qué no olvida el hombre por vosotras? Pero no hay que ser egoista. Supongo que no te has retirado del mundo para siempre.

BAR. No. Creemos que el Conde pasará el invierno en Madrid.

MARQ. Enhorabuena. A vuestro lado olvidaré todas mis penas. ¡Tiene uno tanta necesidad de divertirse cuando está afligido....

CONDE. No nos dará mucho cuidado tu afliccion.

MARQ. ¿Piensas que me chanceo? ¡Ah Mariano! Una pasion desgraciada....

CONDESA. ¡Usted, Marques!

MARQ. Si señora: yo. No hay que reirse. ¿Saben ustedes que por un tris no me caso? ¡Oh, pero que diferencia! Aquella era una verdadera locura. ¡Un casamiento por amor! ¡Y con quién! ¡Con una muchacha de humilde nacimiento, sin otra dote que su virtud!... Conocí que iba á hacer un disparate, y la dejé.

CONDE. ¡Cómo! El Marques de la Espiga ha tenido valor para abandonar á una jóven que le amaba?

MARQ. ¿Qué quieres? Si aquella era una boda estravagante. Y unos parientes tan ridículos... Me esponia á ser silbado.—Pues mira, no dejó de costarme trabajo el separarme de ella porque era como un sol; mas para obrar razonablemente no hay como un calavera. No es broma. Echa una ojeada por el mundo, y verás que de diez tonterías, nueve lo menos son obra de esos que se tienen por sabios.

CONDE. Muchas veces es un deber, y no una tontería el proceder contra la costumbre.

MARQ. ¡Ba, ba! ¡Con que es tan dificil en el dia tener razon en comunidad con los demas; y se ha de atrever un hombre á tenerla para sí solo! Yo no me consideré con fuerzas para tanto. ¡Eh! Renovaremos en Madrid los antiguos conocimientos... (1) Con que dice usted, prenda, que su prima Ramona...

LUISA. Puso tienda de modista en la calle de la Ballesta.

MARQ. ¡ Calle! ¿Quién diablos hubiera dicho...

CONDE. (2) Pero...

MARQ. Déjame. Somos amigos antiguos.

CONDE. ¿Tú conocias...

MARQ. ¡Oh! Pero... ¡*honni soit qui mal y pense*! Luisilla era la Lucrecia de las costureras.

CONDE. ¡Marques!

MARQ. ¡Eh!... No hables ahora en tono de patriarca porque te has casado. La muchacha es de lo lindo; pero es camarera de la señora Baronesa; y yo respeto mucho..-

LUISA. (¡Triste de mí!)

CONDE. ¿Cómo se atreve usted...

BAR. Mire usted que está equivocado, Marquesito.

---

(1) A Luisa.
(2) Acercándose.

LUISA. ¡Mariano! ¡Mariano!

MARQ. ¡Cómo! ¿Qué significa...

CONDE. (1) Que esta es la Condesa de Sierra-blanca; ...y yo su esposo.

MARQ. ¡Por vida de.... ¿Qué he hecho yo?... Pero ¿quién hubiera imaginado.... Señora, le pido á usted mil perdones. Y tú, amigo mio, bien puedes creer que si hubiera sabido...

CONDE. (2) No; no estoy resentido.... ni debo estarlo. Usted ignoraba...

CONDESA. Claro está. No se hable mas del particular.—Yo quisiera descansar un rato.

BAR. Y yo pasaría al tocador...

CONDESA. ¿Volveremos á vernos aquí, Marques?

MARQ. Señoras, no sé si tendré tanto honor. Necesito llegar hoy á Madrid..

CONDE. ¡Oh si! Despues de una campaña urge mucho á un gran soldado referir sus proezas, ostentar sus trofeos, sus heridas.

MARQ. ¿Qué estás diciendo? Yo...

CONDE. ¡Cómo se van á estremecer las bellas al oir la narracion de tantos combates, de tantos peligros!

MARQ. ¡Sierra-blanca! Ese tono de mofa...

CONDE. ¡Oh! Me arrepiento. Ya veo que es muy expuesto el chancearse con un guerrero tan formidable como el Marques de la Espiga.

(1) Pasando al lado de Luisa.
(2) Conteniéndose.

MARQ. (1) Puede que sí.

CONDESA. (2) ¡Eh, señores! ¿Qué viene á ser esto?

BAR. ¿Están ustedes locos los dos?

LUISA. (Yo tiemblo. Mariano está enojado.)

CONDE. (3) No es nada, señoras; una broma... Y el Marques ya sabe el valor que debe dar á mis palabras.

CONDESA. Vamos; haya paz... (4) Querido Mariano, hijo mio, cálmate, y sufre con resignacion la suerte que tú mismo te has buscado.—Vamos, Isabelita.—Marques, hasta la vista.—Está usted hospedado en casa de mi hijo.

MARQ. No lo olvidaré, señora.

ESCENA XIV.

Luisa, el Conde, el Marques.

MARQ. (5) ¿Has perdido el juicio, Mariano? El lenguaje que acabas de usar conmigo....

CONDE. (6) ¿Le ofende á usted?

MARQ. (7) ¡Cómo si me ofende! A no estar en esta casa...

---

(1) A media voz.
(2) Interponiéndose.
(3) Con risa forzada.
(4) Aparte al Conde.
(5) A media voz.
(6) A media voz.
(7) A media voz.

CONDE. (1) ¡Silencio! — En el parque nos explicaremos. — (2) Marques, ¿no damos un paseo?

LUISA. ¿Me dejas sola, Mariano?

CONDE. Por un instante, bien mio. Anda á ver si se les ofrece algo á mi mamá y á la Baronesa. Vuelvo al instante. Razon es que yo agasaje á los amigos que vienen á honrar mi casa.

LUISA. Que no te tardes, por Dios, porque sin tí siempre me considero sola.

CONDE. Si, si: al momento... Allí viene tu padre. Sin duda te quiere hablar.

MARQ. (¡Oigan! ¡Aquel es el suegro!)

CONDE. (3) Vamos.

ESCENA XV.

Luisa, Buitrago.

BUIT. ¿Qué es eso? ¿Qué ha habido, chica, que estas... qué sé yo como?

LUISA. Nada, padre; nada.

BUIT. A otro perro con ese hueso. ¿Quién es ese capitancito recien-venido? Me ha mirado de un modo que no me ha hecho maldita de Dios la gracia.—¡Voto á brios!... Escucha. Hace una hora que te ando buscando para decirte á Dios. Me marcho á Madrid.

---

(1) A media voz.
(2) Alto. (3) Al Marques.

LUISA. ¡Se va usted!

BUIT. Si; tengo que hacer allí.

LUISA. ¡Ah! ¡Dios mio... Ya sospecho... ¡Y no me atrevo á detener á usted!

BUIT. No hay remedio: me marcho. Abrázame, y Dios sea contigo.

LUISA. A Dios, padre mio. Buen viaje... (1) ¡Ay! ¿Qué es eso?

BUIT. Cazadores que andarán por ahí. No me detengo, que Toribio me espera para que hagamos la caminata juntos.

LUISA. ¿Vendrá usted pronto á verme, padre mio?

BUIT. Si, si, hija mia; no tengas cuidado. — Otro abrazo. — A Dios.

ESCENA XVI.

Luisa.

LUISA. ¡Ya se ha ido!—Ya me he quedado sola... ¡Sola para siempre!

UNA VOZ. (2) ¡Socorro! ¡Miguel! ¡Cristobal!

LUISA. ¡Vírgen del Cármen! ¿Qué habrá sucedido?

LA BARONESA. (3) ¿Qué es eso?

CONDESA. (4) ¿Qué desgracia...

(1) Se oyen dos tiros.
(2) Dentro.
(3) Llega corriendo.
(4) Lo mismo.

ESCENA XVII.

La Condesa, la Baronesa, el Conde, Buitrago, Luisa (1).

LUISA. (2) ¡Ah! ¡Esposo de mi corazon!

CONDESA. ¡Hijo mio!

BAR. ¡Socorro, socorro! ¡Un cirujano!

BUIT. ¡Eh! No hay que alborotar, que no es tanto el peligro. El camarada ha sacado mejor escote. Tiene una pierna rota.

BAR. ¡Cómo! ¿Y por qué?...

BUIT. ¡Toma! El comandante habrá querido castigar á aquel insolente porque habrá sacado burla de Luisa.

CONDESA. ¡Ah! Bien temia...

CONDE. No es nada; no es nada. Tranquilícense ustedes.

LUISA. ¡Mariano!—¡Dios mio, qué pálido está! Va á perder el sentido... ¡Desdichada de mí!

CONDESA. (3) Déjame, déjame socorrer á mi hijo.

LUISA. No me aparte usted de su lado.

CONDESA. Retírate.

---

(1) El Conde entra herido por la puerta del fondo apoyado en un criado y en Buitrago, que le colocan en una silla en medio del teatro.

(2) Corriendo al Conde.

(3) Apartándola del Conde.

LUISA. No, no; que daría mil vidas por conservar la suya.

CONDESA. ¡Desventurada! ¡Tú le has abierto el sepulcro!

LUISA. (1) ¡Ah!

BUIT. (2) ¡Cuando digo que no es cosa de cuidado! — Como estas gentes no han estado en ningun campo de batalla...

BAR. Ya abre los ojos.

CONDESA. ¡Hijo mio!

CONDE. ¡Madre! (3)—¡Luisa!...

LUISA. (4) ¡Ah! Perdóname, perdóname, Mariano. — Bien veo que no puede haber felicidad entre nosotros.

CONDE. ¡Qué dices!

LUISA. Si, Mariano. Yo puedo leer en tu corazon... muchas veces; pero no acierto á comprender tus ideas.—Yo te debo volver tu libertad.

CONDE. ¡Luisa!

LUISA. (5) Curemos su herida, señora.... ¡Curémosla *las dos*!

CONDESA. Si, hija mia, si.

BUIT. Vamos; no afligirse, que eso se cura con pan bendito.

BAR. (¡Luisa... Ya se acabó tu imperio.)

---

(1) Con un grito doloroso.
(2) Que ha vendado la herida.
(3) Se abrazan.
(4) Corriendo á los brazos del Conde.
(5) A la Condesa.

ACTO TERCERO.

Habitacion de Luisa. En el fondo la alcoba. La puerta de entrada á la izquierda del actor. A la derecha una ventana, y una puerta vidriera que conduce á las habitaciones interiores. A la izquierda un tocador, á la derecha una mesa.

Al levantarse el telon aparece Luisa dormida sobre un sillon junto al tocador. Arde todavía una vela. Es de dia.

ESCENA I.

Luisa (1), *el Conde* (2).

CONDE. Deja eso, y retirate (3). Hoy es el aniversario de mi casamiento. ¡Un año ha pasado (4)! ¿Qué veo? ¡Luisa! Esta dormida.—Aun arde la vela... No se ha acostado... ¡Qué inquieto parece su sueño!

LUISA. (5) Una... dos... tres... ¡Las tres de la mañana! ¡Ya no vendrá á recogerse! ¡Magnífico baile! ¡Qué lujo! ¡Qué de bri-

---

(1) Dormida.
(2) Entra seguido de un criado que trae un rico *nécessaire*, y lo pone sobre la mesa.
(3) Vase el criado.
(4) Suspira.
(5) Durmiendo y como oyendo la hora.

llantes! — ¡Oh que bien puestas están las damas!—¡Con qué elegancia, con qué primor estan bailando!

CONDE. ¡Pobre Luisa!

LUISA. (1) Yo tambien quiero... No; que se rien... se burlan de mí... ¡Ah!... Huyamos de aquí... (2) ¡Ah! ¡Mariano! ¡Mi amado Mariano! ¡Ya te veo! — ¿Acabas de entrar?

CONDE. Ya hace tiempo. Son las diez de la mañana.

LUISA. ¡Ah!... Me he quedado dormida.... no sé como.

CONDE. ¿Por qué velas de ese modo, Luisa? Te vas á poner mala.

LUISA. Estaba leyendo... y el sueño me ha sorprendido.

CONDE. No me engañes. Di que te desvela la inquietud con que esperas mi vuelta.

LUISA. Perdona, esposo mio. Despues que te veo desde esa ventana entrar en tu cuarto... duermo mejor..., con mas tranquilidad.

CONDE. Las reuniones se acaban tarde...

LUISA. Si; ¡muy tarde!...

CONDE. Son deberes sociales... Tú los has dividido conmigo desde nuestro regreso á Madrid, hasta hace pocos dias. ¿Por qué has renunciado á ellos?

LUISA. Hartas humillaciones has sufrido

(1) Durmiendo.
(2) Se agita, hace un movimiento para levantarse, y despierta.

ya por mi causa. Mi presencia amargaba tus placeres. Temblando siempre que abria mis labios, inquieto por el temor de verme expuesta á la sátira de tus elegantes amigas, ¡no eras feliz, Mariano! ¡y yo!... ¡cuánto padecia! Sola contigo, tal vez he conseguido producirme sin mucha ridiculez; pero en esos brillantes salones me siento cortada, torpe... No encuentro palabras;... ¡te hago sonrojar!... Lo he conocido, y me he dicho á mí misma: "Dejémosle gozar con libertad de los pasatiempos á que está acostumbrado. Haga mi amor este nuevo sacrificio á su felicidad... Quizá la vuelva á encontrar un dia en mis brazos cuando se canse de esos placeres turbulentos. — Allí se divierte: aquí es amado."

CONDE. No te olvido, mi dulce Luisa. Mira esas bagatelas. Las he comprado para tí. ¿Son de tu gusto?

LUISA. ¡Que bello *nécessaire*!—Mucho te agradezco que pienses en mí.

CONDE. ¡Luisa mia (1)!

LUISA. Besas mi mano como si fuese yo una princesa.

CONDE. (2) Ven á mis brazos.

LUISA. Hoy hace un año que eres mi esposo. ¡Quiera Dios que no te arrepientas!

CONDE. ¡Yo arrepentirme!

LUISA. Hay momentos en que soy yo muy

---

(1) Le besa la mano. (2) Abrazándola.

dichosa. Este, por ejemplo. Mucho tiempo hace que no te veía solo. — Ven; siéntate aquí: á mi lado (1). ¿Te has divertido mucho en el baile? ¿Quién ha asistido?

CONDE. Casi toda la grandeza. La duquesa de Torre-de-embarra, Madagascar.

LUISA. (2) ¡Qué diablo de título! Parece un juego de prendas. — ¿Y quién mas?

CONDE. La Condesa... ¿Para qué te he de nombrar personas que no conoces?

LUISA. (3) ¡Es verdad! — ¿Y has visto á la Baronesa de Laglera?

CONDE. Si.

LUISA. ¿Y en qué habeis pasado una noche tan eterna?

CONDE. Ha habido concierto.—La hija del general Rastrillo ha cantado conmigo un duo de la *Straniera*... Pero tú no estás versada en la música italiana. No has querido que te abone en un palco para los dias de ópera.

LUISA. ¿Qué quieres? Hay cosas que no se pueden remediar. Me llevaste una noche, y me quedé dormida á la mitad del acto primero.

CONDE. Despues se ha bailado, se ha jugado al *écarté*, y se ha cenado.

LUISA. ¿Y los prendidos?

CONDE. Primorosos; pero seria imposible el explicarte ahora...

---

(1) Se sientan en un confidente.
(2) Riéndose. (3) Suspirando.

LUISA. ¿Has bailado tú?

CONDE. Si. He valsado con la Baronesa.

LUISA. ¿Estaba bien puesta?

CONDE. Como un angel. Un traje de tul, con guarnicion á la *protocolo*, un gracioso peinado á la *Mesalina*, aderezo...

LUISA. ¡Ah! Las galas de esa señora no se te han olvidado... ¿Has jugado al *écarté*?

CONDE. No: me he estado en conversacion. Se han contado anécdotas tan curiosas, y de un modo tan picante, tan gracioso....

LUISA. Dímelas.

CONDE. Como no conoces á los sugetos no te pueden interesar.

LUISA. ¿Quién contaba esas historietas?

CONDE. La Baronesa de Laglera.

LUISA. (1) ¡Mariano!... No sé qué fatalidad envenena nuestra existencia. ¡Funesta union! Ni uno ni otro tuvimos tiempo para reflexionar.

CONDE. ¡Qué dices!

LUISA. Durante algun tiempo juzgué que á fuerza de estudiar podria yo elevarme hasta tí;... pero hay cosas, bien lo veo, que es forzoso aprenderlas desde la infancia. Tú mismo has renunciado ya á instruirme. ¡Ya ni siquiera me reprendes!

CONDE. Porque no encuentro motivos. Tú has hecho grandes progresos. Te has formado.

---

(1) Levantándose despues de un momento de silencio.

LUISA. ¡Oh! No. Demasiado conozco que tú no puedes conversar conmigo como lo haces... con la Baronesa de Laglera, por ejemplo.

CONDE. (1) ¡La Baronesa!...

LUISA. A su lado y al de tu madre no estoy en mi centro. ¡Si supieras cuanta necesidad tengo de encontrar gentes que no me miren con desden!... Ya que jamas podrán gustar de mí tus parientes, permíteme á lo menos recibir alguna vez á los mios.

CONDE. No me opongo á tu deseo, si crees que esto puede hacerte mas dichosa.

LUISA. Te lo agradezco infinito. Desde que nos casamos no he visto á ninguna de mis amigas; y te confieso que sin esperar tu licencia he mandado á llamar á mi prima Ramona... Me habia propuesto pasar el dia con ella.

CONDE. Enhorabuena.

LUISA. Es la mas antigua de mis compañeras. Voy á tener mucho placer en volverla á ver; en hablar con ella...

CONDE. Bien: ya te he dicho que hagas lo que gustes.

LUISA. Ah, se me olvidaba. La señora de Atienza me ha enviado un billete muy atento convidándome á un baile para mañana.

CONDE. La de Atienza. Si; es hermana de Pablito. A él es á quien debes ese convite.

(1) Turbado.

El Marques te guarda cuantos respetos y consideraciones merece la Condesa de Sierra-blanca.

LUISA. Tu le enseñaste tres meses hace á respetarme. ¡Algo dura fue la leccion!

CONDE. ¡Pobre amigo mio! Lo he sentido en extremo. Es algo atolondrado, pero tiene un corazon excelente. Desde aquel momento no ha perdido ocasion de reparar la ofensa que te hizo involuntariamente.—¡Ah! ¡Van á dar las once!... Perdona si te dejo, querida Luisa. Estoy comprometido á almorzar con unos amigos; luego tengo que montar á caballo...

LUISA. Tambien hay señoritas que saben montar. ¿Os acompaña la Baronesa de Laglera?

CONDE. Si... Creo que si. Hasta luego. Has pasado mala noche.—¿Por qué no te acuestas un rato? A Dios.

ESCENA II.

LUISA. ¡Ya se vá!—No sé por qué me siento tan agitada. Él me ama .... No lo dudo.—Si hubiera preferido á la Baronesa... se hubiera casado con ella.—¿Por qué ha de darme tanta pena el nombre solo de esa mujer?—A mí sola, á mí sola me ama.—¡Ah! si yo dejase de agradar á Mariano... no podria soportar la vida.—Pero desterremos tan tristes ideas. Voy á vestirme. Mi

prima Ramona no tardará en venir. Mucho me voy á distraer con su conversacion (1). Cecilia, quiero vestirme. Dame... ¿Quién viene?

ESCENA III.

Luisa, *Ramona*, *Cecilia* (2).

RAM. (3) No, no hay que pasar recado. Yo soy doña Ramona Crespon, prima de la señora Condesa. ¡Pues no faltaba mas!— Buenos dias, prima. ¿Cómo te va, primita?

LUISA. (4) Tal cual. ¿Y... tú?

RAM. ¡En! Vamos pasando. En habiendo salud... ¡Ah! Te doy muchas, muchas gracias por haber tenido la bondad de convidarme á pasar el dia contigo.

LUISA. Pero que, ¿no puedes...

RAM. Si, chica. Ahora lo que hay es que tendré que dejarte por una hora para ir á mis haciendas; y luego volveré. Por eso he venido tempranito. Las amigas tienen muchas cosas que contarse cuando hace mucho tiempo que no se han visto. ¿Oyes, Luisita? Parece que tu marido, y primo mio político, no se ha dado mucha prisa á venir á verme. ¡No haberme hecho una visita todavía en tres meses que hace que

---

(1) Toca la campanilla, y entra Cecilia.
(2) Cecilia sale por la puerta vidriera, y vuelve con vestidos, aderezos, etc.
(3) A la puerta. (4) Abrazándola.

estais en Madrid! Yo decia para mí: no hay remedio; dia ha de venir en que nos tratemos, porque al fin es mi primo. ¿Sabes que es una gaita eso de tener un primo conde y tan rico, y no conocerle? Porque aun no he visto yo á estas horas á tu pariente. — ¿Es buen mozo?

LUISA. Mucho.

RAM. ¡Vaya por Dios! Eso no es del todo malo. — ¡Oh que bonito gabinete! ¡Qué muebles! ¡Qué ropas!... ¿Quién me habia de haber dicho á mí que algun dia habias tú de ser Condesa (1)? ¡Ah! ¡Qué fòrtuna tienes, prima!—¡Pero qué seria estás! Antes eras mas alegre.

LUISA. No estoy muy buena.

RAM. Vea usted lo que yo no puedo comprender. ¿Cómo es posible estar mala teniendo mucho dinero y muchas conveniencias, y muchos criados, y muchos médicos?

LUISA. (¡Qué habladora se ha vuelto mi prima!)

RAM. Estará tu corazon tan satisfecho!... ¡Si es preciso!

LUISA. (¡Satisfecho mi corazon!)

RAM. Yo no me quejo de mi suerte. Gracias á Dios no tengo motivo para estar triste. Soy viuda; y nadie me manda. Cerré mi tienda de modista, porque mi marido, Dios le haya perdonado, se jugaba el

(1) Suspira.

sudor de mi aguja, y me dejó por puertas. Pero aun conservo alguna que otra parroquiana; y recibo huéspedes, y si se ofrece un planchado... Hija mia es menester hacer á todo, porque los tiempos.... En fin, vamos trapicheando...

LUISA. (¡Qué modo de hablar! ¡Qué modales!... ¿Ha sido siempre asi?)—Mucho me alegro de tu bien-estar.

RAM. ¿Oyes? ¿Sabes que me plantó tu suegra asi que te casaste? Pues me parece que no la vestia yo tan mal. Es preciso que la hables en mi favor;... bien que, espero verla en tu casa; y la hablaré yo misma.

LUISA. (¡Ah! No lo permita Dios).

RAM. Ayer mismo me dijo la Baronesa de Laglera: Ramoncita, nadie me ha vestido mejor que usted.

LUISA. (¡La Baronesa!)

RAM. Esa es mas consecuente.—Y su camarera es amiga mia.

LUISA. (1) (¡Su camarera!)

RAM. Y está muy contenta. Buen salario, sus provechillos... ¡Oh! La Baronesa es muy rumbosa (2). ¿Se rie usted niña? Ya sé yo que no estará usted quejosa de su ama.

LUISA. ¡Pobre Cecilia! Me haces recordar que no le he dado nada hace mucho tiempo.—Le regalo á usted este chal.

CEC. Doy á V. S. mil gracias por su bondad.

(1) Pensativa.
(2) A Cecilia.

RAM. ¡Ay que rico chal! ¡Y nuevecito (1)! Chica, esa es demasiada generosidad. ¡Dar una prenda como esa á una criada! A otras mas estiradas les vendria de perillas.

LUISA. (2) Ramona, ¿quieres hacerme un grande obsequio?

RAM. ¿Te puedo yo servir en algo?

LUISA. Usando esta cadena de oro en memoria de mi afecto. Por una distraccion no te la he ofrecido antes.

RAM. (3) Ay Jesus, que preciosa, y que... Muchas gracias, primita. ¡Poquito tendrán ahora que hablar mis vecinas! Capaces son de decir que me la ha regalado tambien don Miguelito.

LUISA. ¿Qué don Miguelito es ese?

RAM. Mi huesped. Un arrogante muchacho; eso si. Es forastero, estudia para boticario, y le alquilo una salita amueblada en cinco reales diarios. Pero han dado en quitarme el pellejo... ¡Que haya de haber malas lenguas en todas partes! ¡Hasta en la calle de la Ballesta! ¡Cómo si una no pudiera tomar el brazo de su huesped para dar un paseo los dias de fiesta!—¡Pues las grandes señoras no tienen tambien galanes á sus órdenes?

LUISA. Yo no sé.

---

(1) Vase Cecilia con el chal.
(2) Toma una cadena de oro que habrá sobre el tocador.
(3) Muy alegre.

RAM. Pues yo si que lo sé.—Con la diferencia de que á ellas no les suele durar mucho tiempo uno mismo. Algunas parroquianas mias los cambian con tanta facilidad como las modas. Ya se ve; como tienen otro aquel que las pobres menestralas... Otras son mas constantes: hay de todo. Ahí está la Baronesa de Laglera que tiene un mismo chichisveo tres meses hace.

LUISA, (1) ¿De verás? Cuéntame eso.

RAM. Yo le he visto varias veces. ¡Hermosa figura! Ayer, sin ir mas lejos, comió con la Baronesa; y allí se estuvo hasta que se fueron juntos á un baile, y la doncella ha estado esperando á la Baronesa hasta las cinco de la mañana.

LUISA. (2) ¡Hasta las cinco! — Será por supuesto hombre nacido y educado en la alta sociedad. Podrán ser amigos sin avergonzarse de ello ninguno de los dos. Irán todos los dias juntos á los bailes, á las reuniones...

RAM. Todos los dias no. Pero cuando no van á alguna de sus tertulias, tambien se vela en casa de la Baronesa. Viene mi hombre; y la Baronesa toca el arpa, y cantan juntos, ó leen, ó pintan, ó...

LUISA. Si; son iguales sus gustos, su educacion, sus habilidades; y pueden pasar juntos el tiempo sin fastidiarse. Si se casan serán felices.

(1) Con interes. (2) Suspirando.

RAM. ¡Ojala! ¡Y yo haria los vestidos para la novia!

LUISA. ¡Ah! ¡Qué contenta estaría yo si se casase la Baronesa!

RAM. ¿Tú?

LUISA. (1) Si; por el bien que á tí podria resultarte.

RAM. Gracias, primita. — ¡Oh! Los dos están á partir un piñon!

LUISA. ¿Pero cómo has sabido tú todo eso?

RAM. ¡Toma! Por la camarera.

LUISA. ¿Y sabes como se llama ese caballero?

RAM. No me ha ocurrido preguntarlo hasta ahora; pero si deseas saberlo...

LUISA. No. Es inútil. — Me parece que oigo la voz de mi padre.

ESCENA IV.

Luisa, Ramona, Buitrago.

LUISA. (2) ¡Bien venido, padre mio! Juzgaba que ya se habia usted olvidado de mí. Quince dias hace que no nos vemos.

BUIT. Es verdad, hija mia; ¿pero qué quieres? No es por falta de voluntad... Vaya; ¿qué tal estás?

LUISA. Buena.

BUIT. Eso es lo principal. Dios te guarde, Ramoncilla.

---

(1) Recobrándose.
(2) Corriendo á los brazos de su padre.

RAM. Para servir á usted, tio Buitrago.

LUISA. Padre, usted querrá almolzar: ¿no es verdad?

BUIT. ¡Uuu! Despues acá...

LUISA. No importa: tomará usted alguna cosa. Voy á mandar que le sirvan.

BUIT. Si tú te empeñas... Pero sin ceremonias: militarmente. Una tajada sobre el pan, un vaso de lo caro, y listos.

LUISA. (1) Traiga usted de almorzar para mi padre (2).

BUIT. Escucha Luisa. No vengo solo á saber como estás. Quisiera que tu marido pusiese una... *pordata* á una carta que ha escrito Toribio á su coronel.

LUISA. Pierda usted cuidado. Se la daré, y le recomendará con eficacia.

BUIT. Pues luego te la daré; que no la traigo encima (3). Con que, vamos; dime la verdad. ¿Estás contenta? Tu marido...

LUISA. Siempre es bueno para mí. Soy dichosa.

BUIT. ¿De veras?

LUISA. Sí, padre mio.

BUIT. Bueno. Siendo tú dichosa, lo soy yo tambien. (Aun no sabe nada. — ¡Eh!.... Puede que sea mentira) (4).

RAM. Famosa cara tiene ese jamon.

---

(1) Toca la campanilla. Entra un criado.
(2) Vase el criado. (3) A media voz.
(4) Vuelve el criado y pone sobre la mesa jamon y vino.

BUIT. Eh, eh... Como que te se hace la boca agua: ¿verdad (1)?

RAM. Gracias, tio Buitrago. Guardo mis ganas para la comida; porque como aquí.

BUIT. ¡Ola, ola! Vamos........ Beberás un vino... ¡Pero qué vino! ¡Uuuf!

EL CRIADO. (2) El señor Marqués de la Espiga.

LUISA. (¡En qué ocasion!) Diga usted que no estoy en casa.

RAM. Y por qué, prima?

BUIT. ¡Miren, miren la señorona como se relame para decir: "diga usted que no estoy en casa." Sépase quien es Calleja.

LUISA. Es porque estén ustedes con mas libertad.

RAM. ¡Calla! ¡Pues si yo creo que he de conocer á ese señor!.... ¡Toma! ¡Toma! ¿Pues no he de conocerle? Déjale que entre. Es tan guapo....

LUISA. Pero....

BUIT. Si estorbo, me iré.

LUISA. ¡Estorbar usted, padre (3)! Que pase adelante.

ESCENA V.

El Marqués, Luisa, Buitrago, Ramona.

MARQ. (4) Disimule usted, señora, que

(1) Toma Buitrago una magra que pone sobre un pedazo de pan y come de pie. (2) A la puerta. (3) Al criado. (4) Con respeto y afecto.

me ponga á sus pies tan temprano. Mi afecto no me ha permitido pasar por su casa de usted sin entrar á informarme de su salud.

RAM. ¡Él es! ¡Cómo! ¿Ya no me conoce el señor Marqués de la Espiga?

MARQ. ¡Oh! ¿Es usted Ramoncita...

RAM. La misma que viste y calza. Ya hace muchos tiempos qué no nos vemos. ¡Pero es posible que al pasar V. S. por la calle de la Ballesta no haya entrado una vez siquiera á visitarme!

MARQ. Como nunca paso por la calle de la Ballesta...

BUIT. (1) ¿Por qué no dices al señor si quiere refrescar? Vaya, quiere V. S. tomar un par de magras para echar un trago? El jamon...

LUISA. (2) Marqués, mi esposo ha salido. — ¿Deseaba usted verle?

RAM. Como se olvida V. S. de sus antiguos conocimientos! Eso no está fino. — Ah, vamos; sin duda extraña V. S. el verme en este hermoso palacio. — Pero es que soy su parienta.

MARQ. (3) ¡La parienta del palacio (4)! Ya se que es usted prima de esta señora, y mi respeto...

(1) Con la boca llena y el vaso en la mano.
(2) Interrumpiéndole.
(3) Sonriéndose.
(4) Advirtiendo la mortificacion de Luisa muda de tono.

RAM. ¡Vaya una seriedad! ¡Qué mogigangas son esas? Ya se ha olvidado V. S. de las bromas que corriamos juntos con la Ursulita, y la Encarnacion, y la...

MARQ. (1) No, no me olvido. Crea usted que....

RAM. Pues mi prima bien se acuerda de aquellos tiempos, y...

LUISA. (2) (¡Qué suplicio!)

RAM. ¡Eh muchacha! ¿En qué estás pensando (3)? ¡Pues no es una lástima... ¡Bien se conoce que no lo ganas á fuerza de remo!

LUISA. (¡Cuanto me hace sufrir!)

BUIT. ¡Eh! Ya hemos matado á quien nos mataba. Luisilla, me alegro mucho que estés sin novedad.

LUISA. ¿Se va usted, padre?

BUIT. Sí. Vendré luego á traerte la carta de Toribio. Adios.

RAM. Espéreme usted, tio Buitrago. Saldremos en amor y compañía. Voy á dar un vistazo por mi casa como te he dicho. Antes de una hora estoy aquí de vuelta. Ahora veré yo lo que es eso que llaman alta sociedad. Será cosa muy divertida.

MARQ. Sí; es un primoroso fastidio.

RAM. Venga ese brazo, tio Buitrago. Con que, siempre amigos, señor Marques.— Adios, chica. Hasta mas ver.

---

(1) Cortado.
(2) Impaciente deja caer un frasquito de esencia.
(3) Recogiendo el frasquito.

ESCENA VI.

Luisa, el Marques (1).

MARQ. ¡Señora....

LUISA. (¡Qué ordinaria! —No lo habia yo notado hasta ahora).

MARQ. No me oye.

LUISA. (¡Si pareciese yo á mi esposo tal como ella me parece á mí!)

MARQ. Luisita....

LUISA. ¡Ah! Disimule usted...

MARQ. Hace tiempo, señora, que deseo hablar á usted con la franqueza de un verdadero amigo. Es indispensable que procure usted distraerse, divertirse, porque esa melancolía...

LUISA. Ni estoy melancólica... ni pienso en divertirme.

MARQ. Hace usted mal. Hay mujeres que tienen por virtud el consumirse entre cuatro paredes. Al contrario: justo es buscar compensaciones á los males de la vida.

LUISA. ¿Qué quiere usted decirme con eso?

MARQ. Que ya es tiempo de poner término á la soledad en que vive usted en medio de una corte; qué es necesario hacerse visible, relacionarse....

LUISA. ¿Y con quién?

MARQ. Una señorita jóven, rica y hermosa no puede carecer de buena sociedad. La

(1) Luisa se queda pensativa.

Condesa de Sierra-blanca puede alternar...

LUISA. ¡Yo! ¡No, no! Yo no puedo alternar con nadie.

MARQ. No la comprendo á usted.

LUISA. Jamas podré yo figurar en esa sociedad brillante donde se ha criado mi Mariano, donde me ha querido colocar. Jamás: bien lo conozco.

MARQ. Usted se juzga á sí misma con demasiada severidad.

LUISA. ¡No!—Cuando fuí admitida en algunos de esos aristocráticos salones, la inquietud, el rubor de Mariano, me hicieron ver que no soy yo como las otras.... ¡Ah! Si supiera usted los tormentos que he pasado!

MARQ. ¡Usted!

LUISA. He reprimido mis pesares, y cansada de verme cruelmente escarnecida, esperaba encontrar entre mis amigas de la niñez un corazon que pudiera entenderme.—Pero... ¿Lo creerá usted, amigo mio? ¿Me atreveré á confesarlo?

MARQ. Hable usted sin recelo.

LUISA. Habia por fin conseguido de Mariano que me permitiese tratar con mi familia. Hoy estaba yo tan gozosa porque iba á pasar el dia conmigo mi antigua compañera, mi prima que se ha criado conmigo.... ¡Ah, Marqués! Su presencia acaba de destruir mi esperanza. ¿Es ella la que ha mudado, ó soy yo otra de la que fuí?...

Ya no nos podemos comprender, y me veo condenada á no tener amigos en ninguna parte. — Perdone usted, Marqués. Yo debiera haber ocultado semejantes ideas; pero á despecho mio se me ha escapado esta confianza penosa. Esta es la primera vez que de un año á esta parte he dicho sinceramente lo que pienso.

MARQ. Señora, no me considero indigno de esa sinceridad. Me tienen por superficial; pero las apariencias engañan muchas veces. Confieso mi debilidad. Por no ridiculizarme entre las gentes de mi esfera me resigno á representar mas de cuatro papeles que me repugnan; pero no necesita violentarse mi corazon para simpatizar con el de usted; y cuando se hable de la Condesa de Sierra blanca siempre diré que es el mas amable compendio de las gracias y de las virtudes.

LUISA. (¡Ah! ¡Tampoco puede ser este jóven confidente mio!) (1) Pero en verdad no sé qué razon tengo para afligirme así. ¡Qué simpleza la mia! Mariano me quiere; y su amor me basta.

MARQ. Mariano es el mas feliz de los hombres. (No me atrevo á desengañarla. Moriría de dolor).

LUISA. No quiero pensar mas en ese que llaman gran mundo. ¿Merece por ventura causarme el mas leve sentimiento? Acaso

(1) Con alegría.

puedo aspirar todavía á la amistad de algunas personas apreciables.—Su hermana de usted no se desdeña de convidarme;.... y si usted se casa.... entonces....

MARQ. ¡Yo casarme! No pienso en eso.

LUISA. No importa. Yo pienso por usted.

MARQ. ¡Qué oigo!

LUISA. Sí; y entonces podrá usted ser mi mas íntimo amigo.

MARQ. (1) ¿Pero es posible... Y puede que tambien me haya escogido usted ya la novia.

LUISA. ¿Se rie usted?... Pues efectivamente; pensaba en la Baronesita de Laglera...

MARQ. ¡La Baronesa de Laglera!

LUISA. Es la única señora que favorece con frecuencia mi casa. Me manifiesta bastante amistad....

MARQ. Aunque yo pensase casarme, no seria ella en quien pusiera mis ojos.

LUISA. Ah, ya supongo cual será el motivo. Me han dicho....

MARQ. (2) ¿Qué, que le han dicho á usted?

LUISA. ¡Eh! Chismes que me parecen sin fundamento. Pretenden que un jóven la galantea; que no sale de su casa... Pero usted conseguiría facilmente la preferencia.

MARQ. Yo me guardaré muy bien de solicitarla. La buena reputacion será siempre el primer dote que yo exija de quien haya de ser mi esposa.

(1) Riéndose. (2) Vivamente.

LUISA. ¡Cómo! ¿Pues acaso... No; no es posible. La Condesa de Sierra-blanca, mi madre política, la quería unir con Mariano antes de nuestra boda; y...

MARQ. Entonces nada habia que decir contra ella; pero despues...

LUISA. ¡Ah!...

ESCENA VII.

Dichos, el Conde.

CONDE. ¡Oh Pablito! Buenos dias. No esperaba yo encontrarte aquí. La cabalgada ha sido admirable. Te hemos echado mucho de menos.

MARQ. Como esta tomando empajadas la yegua, y no ha llegado aun el potro que me envian de Baeza... Y si he de decir la verdad, ya me van fatigando los placeres.

CONDE. ¡Esa es otra!

MARQ. ¡Si no me conozco! Hace una hora que estoy hablando con juicio. Asi es que he parecido tan grave á Luisita, que me juzga digno de ser marido.

LUISA. ¿No es verdad que haria muy bien en casarse el Marqués?

CONDE. ¿Por qué no?

MARQ. ¡Ah! ¿Tú apruebas el proyecto? Pero si supieras qué novia me proponen...

CONDE. ¿Quién es?

LUISA. Yo habia pensado en la Baronesa de Laglera.

CONDE. ¿La Baronesa?... ¡Qué idea!

MARQ. Vaya; ¿me lo aconsejas tú?

CONDE. Es preciso estar loca para hacer semejantes proposiciones. ¿Quién te mete á ti á casamentera?

LUISA. No te enojes por eso. Cuando yo le hablé del particular, ignoraba lo que puede decirse contra esa señora.

CONDE. ¿Cómo lo que puede decirse? — Yo la defenderé contra la calumnia.

MARQ. (¡Bravo! Me rompió una pierna por su mujer... ¿Apostemos á que me rompe la otra por su querida?)

LUISA. (Yo no se por qué se irrita). Nadie la acusa. La casualidad me ha hecho saber...

CONDE. (1) ¿Qué... que has sabido...

LUISA. Que tiene amores con un jóven, pero la Baronesa es libre, y sin duda se casará con él.

CONDE. (No sabe nada). ¿Quién te ha dicho que tiene amores?

LUISA. ¡Oh! Estoy bien informada. Pero yo no tomo parte en las sospechas que tanto la injurian; y si la Baronesa ve con frecuencia á su amante, lejos de culparla, apruebo su constancia.

MARQ. (¡Pobre mujer!)

LUISA. Antes de unirse con eternos lazos sabrán si se convienen el uno al otro. ¡Dichosa ella! Nunca se fastidiará á su lado el hombre á quien consagra su corazon.

(1) Inquieto.

CONDE. (1) ¡Luisa...

LUISA. Él fue quien la condujo anoche á ese baile donde tú la encontraste. ¡Cuál habrá sido su gozo al verla triunfar con sus atractivos, siendo, como me has dicho, el alma, el embeleso de la reunion! Tú le conocerás precisamente. Sin duda es persona distinguida, y estará muy ufano de su eleccion viéndola tan admirada, tan aplaudida. Nunca se avergonzará de haberla dado su mano. —¡Venturosa mujer!

CONDE. (¡Qué tormento!) Tú te engañas; tú sueñas. Nadie está enamorado de la Baronesa.

LUISA. No; no me engaño. Mi prima Ramona los ha visto juntos.

CONDE. (2) ¿Cómo...

LUISA. Si, y ademas he sabido por la camarera de la Baronesa...

CONDE. ¡Pero que horrible modo de espiar á las gentes!

LUISA. No te desazones, Mariano. ¿Qué nos importa á nosotros...

ESCENA VIII.

Dichos la Condesa.

CONDE. ¡Oh mamá!

CONDESA. Buenos dias, Mariano.—(3) Servidora de usted.—(4) Vengo á decirte que

(1) Turbado. (2) Muy turbado.
(3) A Luisa. (4) A su bijo.

algunos *diletanti* unidos á varios artistas de conocido mérito, improvisan esta noche en mi casa un pequeño concierto; y cuento contigo.

CONDE. Iré con mucho gusto, mamá.

CONDESA. No tengo nada que decir á usted, Marques. Supongo que tendrá usted la bondad de acompañarnos.

MARQ. Será una satisfaccion para mí. Adios; amigo mio: hasta la noche. Beso á ustedes los pies, señoras (1).

CONDESA. No me atrevo á instar á usted para que acompañe á su esposo. Sé que no gusta usted mucho de reuniones, y que no es afecta á la música.

LUISA. Doy á usted mil gracias por su atencion. No pienso salir de casa esta noche.

RAM. (2) ¡Dale bola! ¿Cuántas veces he de decir que no hay necesidad de pasar recado?

LUISA. (¡Dios mio! ¡Ramona!)

CONDE. (¿Qué voz es esa?...)

ESCENA IX.

Dichos, Ramona.

RAM. ¡Eh! Ya me tienes aquí, primita. Cuando yo doy una palabra, firma el rey.

CONDE. (¡Su prima!)

RAM. (3) ¡Calla! ¡calla¡ — Ese es el jóven de quien te hablé esta mañana.

(1) Vase. (2) Dentro. (3) Bajo á Luisa.

LUISA. ¡Qué dices!

RAM. Sí;.... pero ¿qué tienes, Luisa?

LUISA. (1) ¡Habla, habla! La Baronesa.... Ese jóven....

RAM. Lo que te digo: él es.

LUISA. (2) ¡Ah!... ¡Mi marido!

RAM. (¡Su marido!)

LUISA. ¡Todo se acabó para mí! — Yo me muero (3)!

CONDE. ¡Luisa! ¡Luisa! (4) ¡Ah! ¿Qué la ha dicho usted?

CONDESA. ¿Qué es eso?

RAM. (5) ¡Pobre prima mia! ¡Y yo he sido quien....

ESCENA X.

Dichos, Buitrago.

BUIT. Con su licencia de ustedes y con toda subordinacion... Venia á traer á Luisa esta carta... ¡Qué veo! ¡Hija mia! ¿Está muerta?

RAM. No, no; no es mas que una congoja.... La misma pesadumbre... ¡Agua, traer agua!—Ah, ya respira!

BUIT. (6) ¡Qué mudanza! ¡Ah comandante, comandante! ¡La hija del pobre sol-

(1) Apretándola la mano.
(2) Con un grito doloroso.
(3) Cae desmayada sobre un confidente.
(4) A Ramona.
(5) Sosteniendo á Luisa.
(6) Mirando á Luisa.

dado estaba tan fresca, tan alegre.... (1) ¡Contemple usted á la mujer del poderoso Conde de Sierra-blanca!

CONDESA. ¡Pobre muchacha!

RAM. Ya vuelve en sí. — Ser rica y desgraciada... ¿Cómo es posible.... Yo pierdo el juicio (2).

BUIT. ¡Hija de mi alma!

LUISA. (3) Venga usted, venga usted padre.

BUIT. Si; mejor es que te retires....

CONDE. ¡Detente Luisa! Yo no me separo de tí.

LUISA. ¡Déjame; déjame!

BUIT. (4) Señor Conde, Luisa no necesita mas socorro que el de su padre (5).

RAM. Voy á llamar á un médico... ¡Cásese usted, cásese usted con un gran señor (6)!

CONDE. ¡Yo quiero verla, y reparar....

ESCENA XI.

La Condesa, el Conde.

CONDESA. Detente, Mariano. Quiero hablarte.—(¡Qué de infortunios preveo!)

---

(1) Toma de la mano al Conde y le lleva hácia su hija.

(2) Luisa se va recobrando por grados. Mira en derredor, ve á su padre y se arroja en sus brazos llorando.

(3) Tirándole del brazo,

(4) Deteniendo al Conde.

(5) Se la lleva por la puerta vidriera.

(6) Se va por la puerta de la izquierda.

ESCENA XII.

Dichos, Buitrago (1).

CONDE. ¿Cómo está?

BUIT. Mejor. Pero quiere que la dejen sola. No hay que incomodarla. Yo voy á traer el primer facultativo que encuentre. ¡Hija mia! ¡Quién te lo hubiera dicho (2)!

ESCENA XIII.

La Condesa, el Conde.

CONDESA. Mariano, explícame lo que acaba de pasar (3).

CONDE. ¡Madre!

CONDESA. ¡Tú quisiste casarte con Luisa!

LUISA. ¡Mi nombre! ¿Qué le dice?...

CONDESA. Yo te habia elegido otra esposa.

CONDE. ¡Ah, madre mia!

CONDESA. Entonces te decia que sin la conformidad de gustos, de ideas, de costumbres no puede haber felicidad en el matrimonio.

CONDE. ¡Ah!

CONDESA. Que llegarían á serte esos lazos odiosos, insoportables.... En vano te esfuerzas á ocultarlo ¡Tú ya no amas á Luisa! ¡Tú amas á otra!

LUISA. ¡Justo Dios!

(1) Saliendo del gabinete y atravesando el teatro.
(2) Vase por la izquierda.
(3) Luisa pálida, con el cabello desordenado y en la mayor agitacion, abre la puerta vidriera y escucha.

CONDESA. Pronto maldecirás tu cadena. Solo verás en esa mujer un obstáculo eterno á tu felicidad. La abandonarás, la aborrecerás, desearás tal vez....

LUISA. Sí.... ¡mi muerte! ¡Mi muerte!.... ¡Oh!.... (1)

CONDE. ¡Ah! Déjeme usted, madre. No me aflija usted mas.—¡Es tan buena, tan interesante... Seria yo un monstruo.... (2)

CONDESA. ¡Oh Dios! ¿Has oido...

CONDE. ¡Yo tiemblo!

CONDESA. Ese grito... ¿De dónde....

CONDE. ¡Ah madre! ¿Será posible que la desesperacion...

ESCENA ULTIMA.

Dichos, Ramona (3).

RAM. ¡Ah!...

CONDESA. ¿Qué ha sucedido? Hable usted...

RAM. ¡Muerta, señora! ¡Muerta!

CONDE. ¿Quién....

RAM. ¡Luisa!... Desde el balcon... de ese gabinete... ¡Qué dolor! ¿Ha caido... ¡á los pies de su padre!

CONDE. ¡Desventurado (4)!

(1) Cierra la puerta de golpe y desaparece.
(2) Suena dentro un grito espantoso.
(3) Entra por la puerta de la izquierda.
(4) Cae sobre un sillon abismado en su dolor.

En la misma imprenta se venden:

Coleccion de Poesías selectas castellanas, ordenadas por don Manuel Josef Quintana: primera parte: cuatro tomos en 8.º

Segunda parte de las mismas, que comprende la *Musa épica*: dos tomos en id.

La Araucana, poema de don Alonso de Ercilla.

Historia de Gil Blas de Santillana.

Novelas de Cervantes.

Gonzalo de Córdoba, ó *La conquista de Granada.*

Ramiro, conde de Lucena, ó *La conquista de Sevilla.*

Los Mártires, ó *El triunfo de la Religion Cristiana*: de Chateaubriand.

Aminta, poema pastoral de Torcuato Tasso.

Grandeza mejicana por Balbuena.

Engaños de mugeres y desengaños de los hombres.

La Compasion, poema, por Virués.

El cerco de Zamora, poema del mismo.

Poesías de Camoens.

Poesías de Bogiero.

El Leproso de Aosta.

Una mañana de primavera en el hermoso sitio del Buen Retiro de Madrid, poema.

La Dulciada, id.

Tragedias:
- Omasis, ó Josef en Egipto.
- Mérope.
- Dido.
- Andrómaca.
- Doña Inés de Castro.
- Gonzalo de Córdoba.

Comedias:
- Los Gemelos.
- A la vejez viruelas.
- Un año despues de la boda.
- Los dos sobrinos, ó La escuela de los parientes.
- Marido joven y muger vieja.
- La Expiacion.
- Don Gil de las calzas verdes.
- A Madrid me vuelvo.

Recueil en prose et en vers des plus beaux morceaux de la littérature française, à l'usage de l'Ecole de Commerce établie à Madrid sous la protection du Consulat.

Apéndice á las Apologías del Altar y del Trono.

Compendio histórico del Derecho Romano desde Rómulo hasta nuestros dias, por Mr. Dupin.

Compendio de la Jurisprudencia de la Corona de Castilla.

Elementos de economía política, por J. Mill.

Manual militar ó Recopilacion de penas militares, con las obligaciones del soldado, cabo y sargento.

Prontuario de voces para el ejercicio y maniobras de la infantería.

Prontuario de voces para el ejercicio y maniobras de la caballería.

Axiomas militares ó máximas de la guerra.

Ensayo sobre los reconocimientos militares.

Manual de guias para la infantería.

Instruccion del recluta y compañías, y toques de guerra, con estampas.

Tratado de táctica para la infantería ligera.

Reflexiones sobre la organizacion, instruccion y táctica de la infantería y caballería ligera.

Prontuario de órdenes para el reemplazo de los regimientos de Milicias provinciales.

Modo de manejar la bomba en los incendios.

Diccionario geográfico descriptivo jurisdiccional y topográfico de todos los corregimientos y alcaldías mayores del reino.

Descripcion geográfica, política, militar, civil y religiosa del Imperio Otomano.

Gramática italiana, acomodada á la lengua española.

La moral de Jesucristo y de los Apóstoles.

El Incrédulo desengañado, y el cristiano afirmado en la fé.